Mujer busca Príncipe que no DESTIÑA



Esther Williams



Mujer busca Príncipe que no DESTIÑA

Esther Williams

Título: *Mujer busca príncipe que no destiña*
©2026, Esther Williams
Edición y corrección: Luis Solís (criticosliterarios@outlook.es)
Diseño de cubierta y maquetación: Mari Luz Montes (mariluzmonteskd@gmail.com)
Primera edición: mayo de 2026
ISBN:
Deposito legal:
Todos los derechos reservados.
No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.
La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).
Queda expresamente prohibido el uso de esta obra, en todo o en parte, para el entrenamiento, desarrollo o mejora de sistemas de inteligencia artificial, aprendizaje automático (*machine learning*), minería de datos (*text and data mining*) o tecnologías similares, sin autorización previa y por escrito del titular de los derechos.
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por adquirir una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual, evitando reproducir, escanear o distribuir cualquier parte de esta obra sin permiso.

A todas las que, alguna vez, pensaron:
«este podría ser»,
y luego… pidieron otra copa.

Índice

Mujer busca príncipe que no destiña
Tinder, licra y otros deportes de riesgo
Un manhattan, fonética de diseño y un susto de muerte
Del ático de Malasaña al Palacio de Cristal
Pícnic bajo las estrella
y otras puestas en escena
Adam Levine de rebajas y léxico de pecador de la pradera
Guionista del amor y otros cuentos chinos
Sérum, vino y otras dudas razonables
Red flag con totebag
Cómo incendiar una cocina (y un corazón) sin usar cerillas
Lola, Chueca y el arte de marcar territorio sin despeinarse
Lola. Entre telas, café y confidencias
Croissants o desayuno con Victoria
Cenas sin subtítulos
El bufet libre
El empotrador
Rodrigo
Cuando el pasado huele a flores caras
Manual de silencio para principiantes
Pablo: el mapa de los sentimientos invisibles
El hombre que no había superado a su ex
El efecto cosmopolitan
Notificaciones, dopamina y el arte de no saber qué elegir
Intuición no negociable
Cervezas frías y verdades a quemarropa

Príncipes que no encogen al primer lavado
San Valentín
Diccionario de supervivencia
Querido lector
Agradecimientos
Esther Williams

Mujer busca príncipe que no destiña



Agosto es el mes de descanso en mi trabajo. Me llamo Victoria Sanz y tengo un blog en el que, como la hermana menos favorecida de Carrie Bradshaw, escribo sobre las relaciones humanas, la vida real y la fascinante teoría de por qué las mujeres toman decisiones sentimentales tan estúpidas. Solo en agosto exijo a mi mente que haga una pausa técnica: no para pensar menos, sino para pensar de manera más clara.

¿Crees que eso es posible teniendo como amiga a Tana García?

Tana dedicó meses a explorar el mundo de las citas. Todo comenzó justo antes de llevarme al aeropuerto, cuando me preparaba para disfrutar de unas merecidas vacaciones en Roma. Ella se quedó aquí, lidiando una vez más con el complicado mercado sentimental actual.

—¿Qué tal si te das unas cuantas sesiones de sexo? —le sugerí con la ligereza de quien no tendrá que soportar las consecuencias.

—¡Como si fuera tan sencillo! —Me miró como si acabara de proponerle escalar el Everest en sandalias.

—Lo es, amiga. Que además coincidan con el ideal de hombre que tienes en la cabeza, ya es otro asunto. Porque lo sabes, ¿verdad?

Los príncipes azules no existen; por eso, yo soy lesbiana.

—Amiga, lo tengo claro. El último dejó todo desteñido —dijo refiriéndose a Rodrigo, que reunía todas esas *red flags* que una mujer confunde con mariposas cuando lleva tres cafés de más y cinco horas de sueño de menos.

El problema era que nada le funcionaba. Ni su forma de hablar ni su perfume, que olía a una mezcla desafortunada de ego y colonia barata. Se vestía con camisas que él consideraba modernas, pero que a mí me obligaban a entrecerrar los ojos, como si eso pudiera suavizar el impacto visual.

Tana estaba locamente enamorada de él y siempre me pedía que me comportara, que le entendiera y que le diera una oportunidad. Pero la realidad era mucho menos romántica: él no le correspondía. Y para colmo, Tana tuvo la brillante idea de regresar a casa sin avisar. El descubrimiento fue fulminante y devastador, de esos que no dejan lugar a duda ni al autoengaño. ¡Sorpresa!

Una vez superada la ruptura —tras agotar los pañuelos de papel, la talla cuarenta de cada *outfit* de Zara, Shein y algún diseño cuyo precio prefiero no recordar—, la maleza comenzó a crecer en las partes nobles de Tana. No por dejadez, sino por falta de motivación vital: cuando una deja de sentirse deseable, también deja de esforzarse por serlo, como si el mundo tuviera que comprenderlo sin necesidad de explicaciones.

La comodidad y la rutina se instalaron en ella. Tana decía que estaba bien, y probablemente lo estaba… siempre que nadie profundizara demasiado. No estaba destrozada, pero sí desajustada, como una prenda que ya no te favorece y que, aun así, sigues usando porque no tienes ganas de emprender un viaje de compras emocionales.

Ella siempre había sido la que se metía en líos y salía de ellos sacudiéndose el polvo con una sonrisa y una elegancia discutible pero efectiva. Sin embargo, últimamente el polvo pesaba más. Seguía siendo brillante, divertida y capaz de diseñar edificios de cristal que desafiaban la lógica; pero, emocionalmente, llevaba meses funcionando en modo ahorro de energía.

Justo cuando iba a cerrar el estudio de arquitectura por vacaciones de verano, me di cuenta de que había llegado el momento de dar de baja la aplicación que su mente llevaba usando sin actualizar desde hacía demasiado tiempo.

—Amiga, es hora de sacar del armario esa ropa que tienes sin estrenar y fundir el Tinder.

—No sé… —respondió—. ¿No te parece artificial?

Lo dijo con esa expresión suya que utiliza cuando intenta parecer razonable, pero en realidad busca una excusa elegante para no enfrentarse al desastre.

—¿A que no hay huevos?

Y, sinceramente, no sé por qué abrí la boca.

Tana García tiene una habilidad especial: aceptar cualquier reto que venga precedido de las frases «no hay huevos», «no te atreves» o «¿qué pasaría si…?». No porque sea inconsciente, sino porque detesta quedarse con la duda. Sin embargo, esa misma duda suele quedarse en su mente y le roba el sueño durante semanas.

La conozco desde la guardería y, aunque no ha cambiado tanto como ella cree, me sorprende que, siendo tan brillante y exitosa en su trayectoria profesional, capaz de diseñar estructuras excepcionales, aún no haya conseguido construir una relación que no se tambalee al primer contratiempo. Tal vez porque en el amor siempre intenta proyectar más seguridad de la que realmente siente.

Curiosamente, fue gracias a sus citas que conoció a Pablo, el chef y propietario del restaurante de cocina gallega de la esquina. Él buscaba un lugar donde quedarse. Tana valoraba su espacio, pero odiaba la idea de llegar a casa y no compartir el silencio con nadie.

Su ático —rebosante de alegría, comida deliciosa y conversaciones a deshoras— se convirtió en nuestro refugio y en el lugar donde su amistad floreció como por arte de magia.

Yo también lo valoro, resultado de las aventuras sentimentales de Tana, pero soy insociable por naturaleza. Vivo en una buhardilla de treinta metros cuadrados donde caben mi ordenador, mis libros y la inspiración justa para no volverme loca.

Cuando regresé de Roma, con la mente despejada y una tolerancia renovada hacia el caos de los demás, lo primero que hice fue buscar mi dosis obligatoria de Tana.

Pablo nos había dejado la cena lista, y yo, por mi parte, había cocinado unos cuantos capítulos de esta historia, llena de

ingredientes, modelitos y hombres ausentes con los que ni mi peor enemiga habría querido tropezar… y aun así lo hizo.

Siempre le digo que, con esos tacones que lleva, algún día va a hacer millonario a su dentista. Pero Tana es así: capaz de reírse de todo lo extraño que le sucede. No porque lo busque, no —ni mucho menos—, sino porque, si no lo hiciera, tendría que tomarse la vida demasiado en serio. Y eso sería imperdonable.

Para que lo tengas claro, lector o lectora: he intentado dar naturalidad a esta historia escribiéndola desde la voz y experiencias de mi mejor amiga, que es bajita. Sí, insisto: es realmente pequeña. Y sí, la cabrona es obscenamente guapa, lo cual no contribuye a mi estabilidad emocional.

Además, creo que, al contarse en primera persona, tal como ella me lo relató, todo resulta más fácil de imaginar, si es que algún día logras recuperarte de las disparatadas locuras que le ocurrieron a Cayetana García Campos, conocida por todos como Tana.

¿Estáis listas y listos para acompañarla en un recorrido emocional entre citas caóticas, expectativas truncadas y una colección de príncipes que destiñen con la primera copa de vino? Ella lo tiene claro: su peculiar forma de pasar página, ajustarse el vestido y lanzar al viento su grito de guerra:

No hay huevos.

¡NEXT!



Tinder, licra
y otros deportes de riesgo

(o un gin-tonic entre batidos de proteínas)



Me registré en Tinder y me sorprendió el altísimo porcentaje de perfiles de amantes del senderismo, el *crossfit* y el *running*. Me agoté mentalmente en cinco minutos.

Queridos, mi única aspiración es conocer a alguien especial mientras disfrutamos de una copa de vino. Parece que, para ligar, hay que ser una aventurera, escalar montañas y sobrevivir a la intemperie. Para mí, eso es jugarme la vida vestida con un chándal Quechua.

Sí, he dicho chándal… Y no, no es una fantasía.

Las demás se ven monísimas en sus fotos con sus mochilas de senderismo y sonrisas de anuncio de agua mineral, pero yo soy más bien urbanita y tengo menos habilidades deportivas que Carrie Bradshaw en una excursión por la montaña.

Aun así, me armé de valor… o eso quise creer.

Aquello parecía «Amor a la carta»: desde el sillón de mi casa podía escoger o descartar «platos» con un simple clic.

Después de una larga etapa de sequía, había llegado la hora de probar esa droga maravillosa de la que todo el mundo hablaba: Tinder. Si no encontraba el amor, al menos subiría un poco la autoestima a base de *matches*.

Pocos minutos después, recibí un mensaje del clásico chico musculoso: vestido con ropa deportiva, gorro y esa expresión de no

ver ni un pijo por culpa del sol de la montaña, colgado de una roca como si fuera su hábitat natural.

Ya me estaba preparando mentalmente para la pregunta inevitable: «¿Qué deportes practicas?». Cuando yo soy más bien una disfrutona de Netflix, cerveza y Risketos.

Se llamaba Miguel. Me propuso cenar en su restaurante favorito, ubicado en pleno Malasaña. Me pareció una buena idea: cerca de casa, por si necesitaba una escapatoria digna.

El restaurante se llamaba Bico, cocina gallega y casera. Muy bien, eso le sumaba puntos a Miguel.

El *outfit* se convirtió en un dilema. Así que opté por inspirarme en la Spice Girl deportista. Me di una vuelta por las tiendas *vintage* de la calle Fuencarral y encontré unos vaqueros anchos de los noventa y una sudadera corta con capucha y lazos en las mangas, como si hubiera salido directamente del armario de Mel C. Lo combiné con unas Converse blancas de plataforma. Sorprendentemente, no me quedaban tan mal.

Bico estaba en la calle Desengaño. Era el lugar perfecto, así que todo tenía que salir bien…, ¿verdad? La noche prometía ser interesante.

Al entrar, vi a Miguel esperándome en la barra: pantalón pitillo y camiseta blanca de tirantes tan ajustada que parecía pegada a su torso. Ese estilo de pichaflauta —como lo llama mi amiga Isabel— me supera.

Victoria dice que soy muy exigente; yo creo que simplemente soy coherente.

—¿Cómo estás, bombón? —me saludó, y eso ya me chirrió. Dos besos y directo a la mesa.

El lugar era acogedor. Sonaba *So Long, London,* de Taylor Swift. Mesas de bambú, velas y flores blancas. Todo muy bien… hasta que apareció el propietario y chef.

—Bienvenidos. Soy Pablo Casas. ¿Queréis la carta o les gustaría dejarse llevar?

—Yo solo cenaré una parrillada de verduras y agua sin gas —respondió Miguel—. Mañana me levanto a las seis para el *crossfit*.

Sigo una dieta estricta.

—Pablo —intervine—, yo soy más de dejarme llevar, pero con un *gin-tonic* bien frío.

Sonreí, aunque en el fondo sabía que eso no llevaría a ningún lado.

El interrogatorio empezó sin anestesia:

«¿Cuánto tiempo llevas soltera?».

«¿Vas al gimnasio?».

«¿Te gusta el deporte? Yo hago *kitesurf*, *crossfit*, triatlón, senderismo, *running*…».

«¿Bebes alcohol?».

«¿Fumas?».

«¿Eres aventurera?»…

La conversación no avanzaba, solo daba vueltas en círculos, como él cuando hablaba de sus carreras, proteínas, suplementos, marcas de zapatillas, tiempos por kilómetro, macros, micros y no sé de cuántos demonios más.

Yo asentía mientras disfrutaba de mi *gin-tonic*, preguntándome en qué momento el amor se había transformado en una tabla nutricional.

No había silencios incómodos, pues no había conexión suficiente para que eso ocurriera. Solo eran datos, rendimiento y objetivos. Todo muy sano; cero, emoción. Era la KGB, pero en licra.

Resoplé y le guiñé un ojo al chef, deseando que la comida llegara pronto. Pablo captó el mensaje y envió a un camarero con todos los platos de golpe.

«¿Sabes cuántas calorías tiene eso que vas a comer?».

«Con unos brazos más musculosos, serías más atractiva».

«Deberías hacer más sentadillas para tonificar los glúteos».

Yo continué pinchando el solomillo con patatas fritas en lugar de clavárselo a él en la mano. Autocontrol total, aunque la tentación era enorme.

—Mira —le dije—, te lo voy a explicar de una manera que entiendas: «por cada cien gramos de chorizo, no voy a soportar al

cerdo entero». Tienes mucha fibra, pero de inteligencia emocional vas cortito.

Pablo, que estaba atendiendo la mesa de al lado, se acercó con una sonrisa cómplice al escucharme.

—¿En efectivo o con tarjeta?

—¿De verdad esperas que yo pague la cena? —replicó Miguel.

—Pensé que sí —respondí levantándome—. Un placer, Miguel.

—Hasta mañana, preciosa —se despidió Pablo, guiñándome un ojo.

Esa noche no hubo conexión, ni chispa, ni ganas de repetir. Solo agujetas mentales y una resaca emocional innecesaria que me dejó pensando en lo absurdo de la situación.

Su puta madre. ¿Acaso soy atleta? Mi cuerpo había entrado oficialmente en modo protesta.

Llegué a casa y, como cada noche, la soledad me dio la bienvenida. Me puse el pijama y encendí la tele. En la pantalla apareció el videoclip de *Fortnight*.

Me quedé hipnotizada observando a ese hombre tatuado, con dientes plateados, y entendí por qué seguía soltera a los treinta y cinco: porque quiero a alguien que me mire como Post Malone mira a Taylor Swift. No merezco menos.



Si para gustarle tenía que correr más, beber menos y convertirme en alguien que no soy, entonces no era una cita: era una prueba de resistencia y yo no llevaba zapatillas.

Porque, francamente, para un reto así…

no hay huevos.

Prefiero la comodidad de mi sofá a la performance forzada de una identidad genérica de marca blanca.

¡NEXT!



Un manhattan, fonética de diseño y un susto de muerte



Cuando me despierto, recuerdo la noche anterior y me da la risa floja. Qué forma más innecesaria de comenzar el fin de semana.

Me doy cuenta de que estoy en modo sábado: cómoda, emocionalmente descalza y sin intención de tomar malas decisiones… aunque, al final, siempre acabe haciéndolas.

Como buena lechona profesional, preparo mi kit esencial: Cola Cao, galletas María, el *Vogue* y el mando de la tele estratégicamente colocado para un maratón de *Sexo en Nueva York*. Nada podía salir mal. Y si salía, al menos me pillaría sentada.

Mientras desayuno, reviso Tinder. Error número uno del día.

El primer mensaje es una foto de un chico saliendo de la ducha, completamente desnudo, con un cartel estratégicamente colocado sobre su pene que decía:

Mi hobbit, *de* El señor de los anillos,
necesita un poco de amor.

«¿Y este esperpento?», me dije. Aunque —lo admito— tenía su gracia. Humor absurdo mezclado con desesperación: una combinación peligrosa, pero efectiva. Tinder es eso; un catálogo de decisiones vitales tomadas con el pulgar.

Justo después entra otro mensaje. Esta vez de un chico con una sonrisa seductora, de esas que transmiten buena energía sin necesidad de filtros.

Hola, me llamo Gabriel y soy profesor.

Profesor: una palabra con la que mi mente lo imaginaba con pizarra, vocación y un máster en desafíos diarios.

Me propuso quedar ese mismo día, mencionando que daba clase en un colegio de monjas cerca de mi casa.

¿Un colegio de monjas? Ideal. Nada como combinar Tinder con el celibato ajeno.

Llamé a Sara.

Sara está felizmente divorciada, tiene dos hijas y contactos en todas partes.

—¿Gabriel? —dijo sin saludar—. ¿El profe buenorro? ¡No jodas!

—Sí, tía. Ese chico de media melena, sonrisa perfecta y un aire de anuncio de colonia de lujo. ¿Lo conoces?

—Todo el mundo lo conoce. Es correcto, educado… y muy consciente de ello.

—Eso no me tranquiliza.

—A ver, Tana —suspiró—, no puedes pretender encontrar al amor de tu vida un sábado por la mañana y en pijama de «me acabo de comer un tarro de helado».

—Precisamente por eso estoy dudando.

—Pues duda en tacones. Y luego me cuentas.

Colgué con una sonrisa agridulce.

Ser profesor en un colegio de monjas seguía sonándome a broma pesada. Cancelé mi plan de lechona y opté por un *outfit* a lo Carrie Bradshaw en día de pecado: vestido corto ceñido color *nude*, gafas de aviador y sandalias doradas con tacón de vértigo.

Si iba a equivocarme, que fuera con estilo.

Quedamos en una coctelería de la calle del Pez, en Malasaña. Cuando Gabriel me vio, casi se desmaya. No me sorprendió; ese día le había puesto ganas.

Físicamente me recordó a Jon Bon Jovi en los noventa. Llevaba vaqueros Levi's, Converse rojas, un jersey sobre los hombros y el pelo largo. Pero lo mejor era su sonrisa: constante, encantadora, de manual.

Pedí mi cóctel estrella: un *manhattan* con mucho hielo picado.

La conversación fluía… hasta que apareció el acento.

Un pijo fino, pulido, con ese tono impostado que mezcla colegio privado, Erasmus eterno y un exceso de confianza. Cada frase venía cargada de prefijos innecesarios: super, mega, top a lo Tamara Falcó.

No sabía si Gabriel era gangoso o simplemente estaba poseído por una clase social de lo más *snob*.

—Tana, eres supermaja. Estoy *in love* por haberte conocido en una app como Tinder. Acabo de llegar de London City y estoy superhappy porque me compré esta camisa verde tan *cool*. ¿Qué mejor que estrenarla contigo?

Paré de escuchar.

Ahora parecía poseído por Carmen Lomana. No sabía si estaba en una cita o en un anuncio de Porcelanosa.

Aun así, me sentía cómoda. Gabriel era simpático, educado y no parecía peligroso, salvo para el diccionario de la RAE.

Siempre he creído que quien mezcla inglés sin necesidad es un poco ridículo, a menos que no sea español o hable la lengua de Shakespeare con dignidad.

Cuando me invitó a su *loft* para tomar la penúltima copa, acepté.

El sexo fue aceptable. Ni un desastre ni un gran éxito. No memorable, pero suficiente. Como un aprobado raspado.

Me quedé dormida…

Y entonces ocurrió. Tuve una pesadilla. Me incorporé como la niña del exorcista, ¡gritando! El dormitorio era el Pasaje del Terror del Parque de Atracciones. Gabriel se despertó sobresaltado, se cayó de la cama y casi le da un infarto. Al verlo rodar por el suelo, no pude contener la risa. Él, en cambio, no se reía.

Estaba tan asustado que me pidió que me marchara. Debió pensar que era una asesina en serie. Se vistió a toda prisa y me abrió la puerta como si fuera una aparición demoníaca en tacones.

Bajé las escaleras riéndome.

Él cerró de un portazo.

Miré la hora; era temprano. Así que hice lo que cualquier mujer emocionalmente funcional haría: me fui a Bico a tomar un *gin-tonic* y celebrar mi éxito en el arte del terror.

Nada más entrar, me choqué con Pablo.

—¡Qué bonita sorpresa, Tana! Me alegra tenerte de nuevo por aquí. ¿Hoy no tienes otra cita? —preguntó con una sonrisa burlona.

—Mejor te cuento otro día —dije—. Ha sido una cita terrorífica. Literal.

Le confesé que no me gustaba la soledad de mi apartamento y que no tenía ganas de volver a casa. Discretamente, saqué una bolsita del bolso, cerré los ojos e inhalé despacio para calmar la ansiedad.

Lo entendió sin necesidad de preguntas. Me llevó a una mesa apartada, pidió dos tequilas de fresa, uno para cada uno, como un brindis anticipado a la complicidad que se estaba gestando entre nosotros.

Hablamos sobre su restaurante, Galicia, y de la soledad que a veces siente. Estaba viviendo temporalmente en casa de una amiga.

—¿Y si te mudas a mi casa? —solté sin pensar.

Me sorprendí a mí misma. La idea me resultó bastante atractiva. Después de todo, ya teníamos una conexión y parecía que nos conocíamos de toda la vida.

—Me encantaría —respondió—. Creo que nos llevaríamos muy bien.

Brindamos. No hubo chispa romántica, sino algo mejor: calma.

Esa noche entendí algo importante: Gabriel era atractivo, divertido y buen polvo. Pero todo en él estaba demasiado estudiado: su mirada, el acento, la imagen que proyectaba…

No busco citas que parezcan un guion bien ensayado. Me atraen las personas con sus fallos, con sus imperfecciones y que no necesitan representar un papel.

Porque no quiero personajes; quiero personas.



No quiero personajes; quiero personas.

Me he propuesto dejar de huir de mi propia casa/hogar y meter a un extraño en mi vida solo porque me ha dado la gana. Porque para romper las reglas de lo que se supone que es correcto y lanzarse de cabeza a la piscina...

no hay huevos.

Prefiero el vértigo de una decisión impulsiva a la seguridad de una soledad programada.

Si para descifrarte necesito subtítulos y un traductor, no es una cita: es explotación emocional.

¡NEXT!



Del ático de Malasaña al Palacio de Cristal



Al llegar a mi ático, el ardor de estómago por exceso de alcohol era insoportable. En mi cabeza resonaba la misma promesa vacía de cada fin de semana: «juro no volver a beber alcohol en mi puta vida». Una promesa que, como todas las anteriores, sabía perfectamente que no pensaba cumplir.

El bullicio de Malasaña se coló por la ventana, recordándome que Madrid no estaba dispuesta a acompañarme en mi resaca existencial. La ciudad vibraba con una energía que impedía reflexionar en profundidad… aunque, a veces, eso era justo lo que necesitaba.

Hacía tiempo que no dormía del tirón, y la idea de que Pablo se convirtiera en mi compañero de piso me brindaba más tranquilidad de la que estaba dispuesta a admitir. La soledad, por fin, comenzaba a desvanecerse.

Él era interesante, humilde, encantador… y, además, olía de maravilla.

A la mañana siguiente fui a su restaurante. Pablo preparó un desayuno tan impresionante que parecía hecho para compensar todas las malas decisiones de mi vida: *croissants* recién horneados, tortitas con chocolate, zumo de naranja recién exprimido y una selección de frutas tan abundante que me hizo sentir mejor persona, al menos durante veinte minutos.

Más tarde fuimos al piso de su amiga, cerca de la Gran Vía.

—Lola está trabajando ahora —me comentó—, pero estoy seguro de que te caerá bien cuando la conozcas. Es diseñadora de moda y tiene un taller *vintage* en Malasaña.

Pasamos el día empaquetando sus cosas entre bromas y risas. Por primera vez en mucho tiempo, tuve la sensación de que todo estaba saliendo bien.

El sol brillaba con una intensidad casi abrumadora. Cuando llegamos a mi ático en Malasaña, sentí esa mezcla de emoción y vértigo que aparece justo antes de un cambio importante.

Subimos hasta el último piso… Nada más llegar, grité:

—¡Bienvenido a mi rinconcito!

Abrí la puerta con una reverencia exagerada y una sonrisa de anuncio. Pablo se detuvo a admirar mi ático bohemio, lleno de plantas, libros y ese caos ordenado que solo yo entiendo.

—Vaya, Tana. Este lugar es increíble. Me encanta —dijo con una ilusión tan sincera que me desarmó entera.

Cuando las cajas quedaron apiladas, nos sentamos en la terraza a disfrutar de una copa de vino mientras contemplábamos la puesta de sol y las luces de Madrid. Por un instante, la vida también sabía tomarse un descanso.

De repente, sonó el timbre.

Al abrir la puerta, ahí estaba mi mejor amiga Victoria, escritora, con su mechón plateado al viento, apoyada en el marco como si la alfombra roja de Hollywood se hubiera trasladado a mi salón.

—¡Tana, sorpresa!

—No puedo creer que estés aquí. ¡Si estabas en Roma de vacaciones!

—Lo sé, pero hay una gala de escritores y me encantaría que me acompañaras —me explicó, entregándome el sobre. Abrí la invitación y sonreí.

—No puedo resistirme. Claro que iré contigo. Pero espera, hay alguien que quiero que conozcas.

Victoria arqueó una ceja, intrigada.

—¿Alguien? ¿Quién?

La agarré del brazo y la llevé a la terraza.

—Victoria, te presento a Pablo, mi nuevo compañero de piso.

El silencio se alargó exactamente un segundo de más.

—¿Compañero de piso? —repitió ella—. ¿Cuándo ha pasado esto?

—Es una historia larga. Te la cuento por el camino. —Lo que básicamente significaba «prepara palomitas que esto promete».

—Encantado, Victoria —dijo Pablo levantándose con naturalidad y dedicándole una sonrisa.

—Encantada —respondió ella. Mirándome de reojo, me dijo—: Luego hablamos. —Eso sonaba a «prepárate, Tana, voy a interrogarte».

Le pregunté a Pablo si quería venir con nosotras, pero declinó. Tenía que quedarse en el restaurante.

Me puse un vestido negro largo de crepé, drapeado, con los hombros al descubierto y una abertura hasta el muslo. Elegante, sin esfuerzo. Victoria brillaba con su vestido de seda rojo, acaparando todas las miradas sin proponérselo.

—Disfrutad —nos dijo Pablo—. Estáis espectaculares.

Nos encaminamos al Palacio de Cristal, en El Retiro. El ambiente era ideal para una noche de literatura… y vanidades flotando en el aire.

—Gracias por traerme, Vic —le dije—. Me alegro de estar aquí contigo.

La sala estaba llena de escritores, editores, correctores y gente que hablaba de libros como si fueran una extensión de su propia identidad.

Y entonces lo vi.

Cabello oscuro recogido en una coleta, gafas y con aire indiscutiblemente intelectual. Rodeado de un pequeño grupo, parecía buscar algo o, mejor dicho, a alguien. Nuestras miradas se cruzaron y sentí ese cosquilleo instantáneo, tan poco fiable como familiar…, ese que siempre anuncia problemas… o romance.

—¿Quién es ese? —susurró Victoria.

—Ni idea —respondí—, pero ya me está desconcentrando.

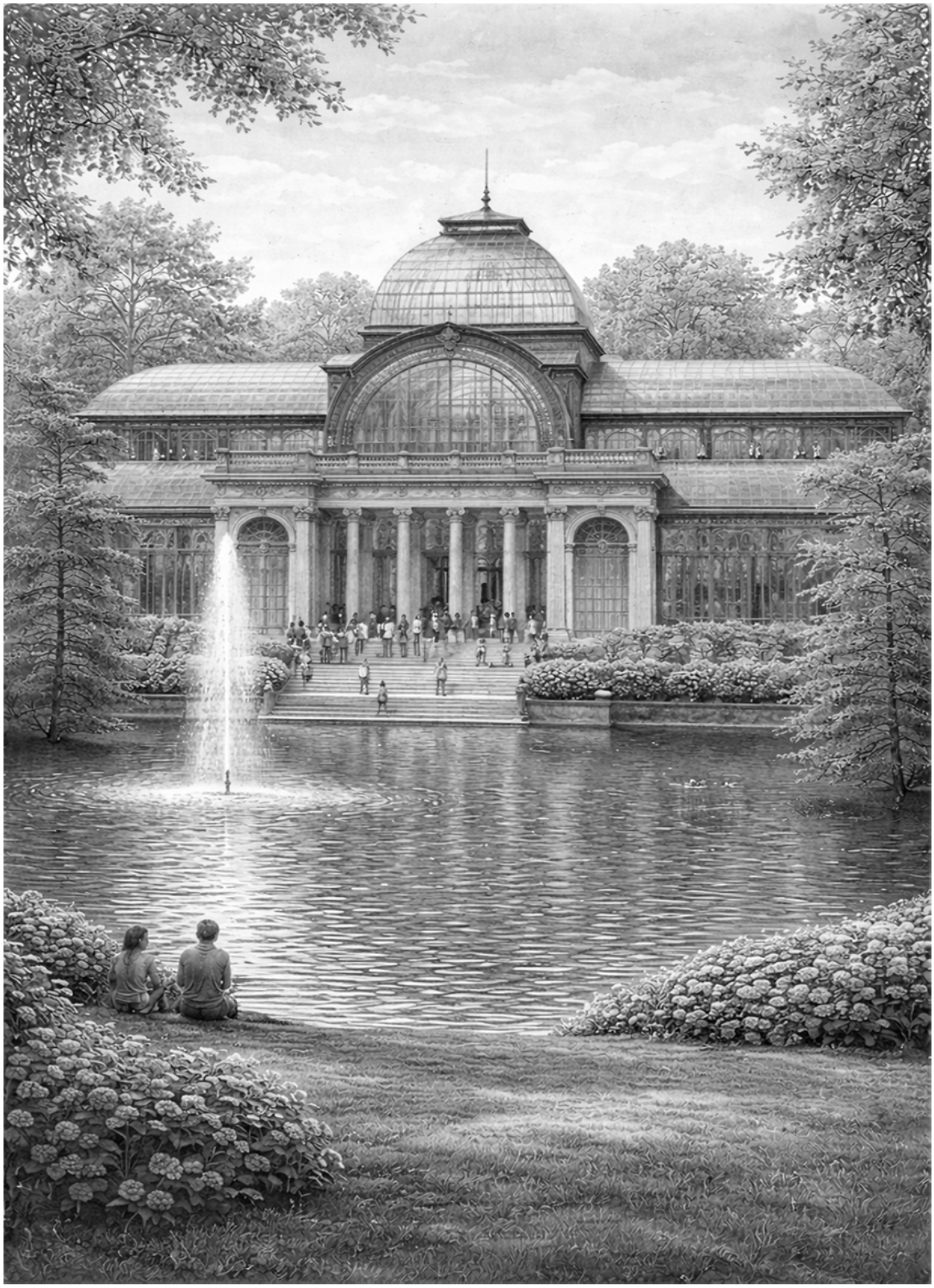
La gala continuó entre discursos, aplausos y copas. Yo escuchaba… de vez en cuando. El chico de la coleta aparecía y desaparecía de mi

vista como una provocación sutil.

Al finalizar, nos dirigimos a la zona de *catering*.

Justo en ese momento, el hombre de la coleta apareció de nuevo, esta vez acompañado de un amigo. Se acercaron con disimulo. Al girarme para agarrar una copa de vino, volqué accidentalmente una bandeja de canapés sobre él. Un ataque de risa me invadió mientras intentaba ayudarle a limpiarse.

—Lo siento muchísimo —dije riendo y sin poder controlarme.



Él también se rio, sacudiéndose los restos de comida como si aquello fuera la cosa más normal del mundo.

—Creo que esta es la mejor forma de iniciar una conversación —respondió, guiñándome un ojo.

Mi corazón se aceleró.

—Por cierto, soy Nicolás, pero llámame Nico.

—Yo soy Cayetana, pero puedes llamarme Tana. Y ella es Victoria, aunque puedes llamarla Vic.

—Eres muy ingeniosa. —Esbozó una sonrisa de medio lado—. Creo que nos llevaremos muy bien.

Y así fue. Nico tenía una respuesta interesante o divertida para cada cosa. La conversación fluía con una naturalidad sospechosa, como si nos conociéramos desde siempre.

—Me encantaría volver a verte —me dijo—. ¿Te gustaría tomar un café?

Le di mi número, intentando no pensar lo mucho que me había gustado hablar con él.

—Prometo mantenerte alejada de bandejas —añadió con una sonrisa que me hizo sentir que aquella noche había comenzado de la mejor forma posible. (Sí, Tana, probablemente vas a sonreír como una idiota durante todo el camino a casa).

Victoria me miró con esa expresión que significaba «esto se va a complicar».

—Hasta pronto, Tana. Y, Victoria, un placer conocerte.

Mientras se alejaba, Victoria me lanzó una mirada cómplice.

—Parece que a alguien le has causado buena impresión.

—Eso parece —contesté—. Me da que ya no voy a necesitar Tinder. Esto es lo que se llama amor a primera y… a segunda vista.

De regreso a casa, no podía dejar de pensar en Nico. Su labia, su encanto y su aire intelectual me habían cautivado.

—Por cierto —dijo Victoria—, mañana tienes que contarme lo de Pablo. Me ha fascinado.

Y así, sin darme cuenta, empezó el verdadero lío.

Esa noche no me enamoré ni hice planes a largo plazo. Tampoco quise montarme películas en la cabeza ni ponerle nombre a algo que

aún no existía.

Me acosté sonriendo, y eso ya era mucho decir. Porque, al final, cualquier excusa para recuperar la sonrisa cuenta como un estreno de temporada. Y yo ya estaba tardando en volver a la cartelera.



No era amor. Era algo mejor: la certeza de que todavía no estaba cerrada por reformas.

Pícnic bajo las estrellas y otras puestas en escena



A la mañana siguiente, Pablo, antes de marcharse a trabajar, nos preparó un desayuno espectacular. Vic se quedó en casa para disfrutar de la comida y él, sin que nadie se lo pidiera, se puso manos a la obra, como si fuera lo más natural del mundo: *croissants* calientes, fruta troceada con mimo y café recién hecho.

Ese hombre era un auténtico tesoro. Y lo sabía.

Vic no tardó en darse cuenta de que apenas podía despegar los ojos de la pantalla del móvil. Fingía estar interesada por el menú, pero mi mente viajaba lejos, a un lugar donde Nico ocupaba todos mis pensamientos.

—Tana, no puedo creer que te hayas enamorado de Nico —dijo, observándome por encima de la taza—. No lo conoces lo suficiente y tengo un mal presentimiento. Hay algo en él que no me convence. Por favor, ve despacio. Y con cuidado.

Estaba a punto de replicar cuando el teléfono vibró, como si Nico hubiera estado esperando su turno.

Hola, preciosa. ¿Cómo estás? Me encantó conocerte y estoy deseando volver a verte.

Vic me miró. Yo miré el móvil. Sentí que aquel cristal me sostenía la mirada con la sabiduría de quien ha presenciado demasiadas rupturas en primera persona. Era ese instante poético en el que tu instinto te grita que huyas, pero tu corazón —que es un romántico incurable y bastante idiota— ya está eligiendo el vestido para la

segunda cita. Me propuso una cita sorpresa. Solo me pidió que estuviera lista a las siete de la tarde. Nada más.

Original. Creativo. Justo el tipo de detalle que una quiere interpretar como especial, aunque soy consciente de que ese pensamiento suele acabar pasando factura.

Cuando apareció, lucía la melena suelta, pantalón de lino y una camisa blanca. Un *look* despreocupado que parecía casual, pero que claramente había sido elegido al detalle.

Su sonrisa era radiante y su mirada tenía ese aire enigmático que me fascinaba y que, por supuesto, resultaba tan difícil de descifrar.

—¿Lista para tener una tarde especial?

—Estoy lista. Soy muy curiosa. A veces más de la cuenta.

Me cogió de la mano y me acompañó hasta el coche. Me abrió la puerta —un detalle que siempre suma— y durante todo el trayecto mantuvo el secreto; eso me hizo fantasear aún más sobre qué era lo que nos esperaba.

Madrid pasaba a nuestro alrededor a medida que yo intentaba no montar una película en mi cabeza. Espóiler: no lo conseguí.

Aparcó en el Parque del Oeste.

La caminata fue corta, pero la panorámica me dejó sin aliento: el cielo teñido de rojos y naranjas, y la silueta del Templo de Debod recortándose contra el horizonte. Me quedé sin palabras. Era uno de mis rincones favoritos. Un lugar donde había ido muchas veces con mi madre.

Que él me hubiera llevado allí me tocó muy profundo.

Demasiado.

Nico abrió el maletero y cogió una cesta de pícnic.

—Nada como una cena bajo las estrellas, ¿verdad? —Me guiñó un ojo al tiempo que extendía una manta sobre el césped.

Me acomodé bajo su atenta mirada. Él comenzó a disponer del queso, las frutas frescas, una *baguette* crujiente y una botella de vino. Todo era perfecto. Quizá en exceso. Como si alguien hubiera ensayado la escena con antelación.

Y, aun así, algo me inquietaba. Una vocecita sutil e insistente, que no sabría explicar, no se callaba.

Había algo en su mirada. Un destello que no era del todo sincero. A veces, una sonrisa ligeramente forzada, que yo misma intentaba camuflar bajo mi propio entusiasmo mal gestionado.

La noche avanzaba y las estrellas comenzaban a aparecer una a una. Nico hablaba de sus planes, de sus viajes, de los libros que lo inspiraban. Cada palabra me atrapaba un poco más. Me miraba como si en ese momento solo existiéramos él y yo en el mundo. O en el universo, dependiendo de lo intensa que quisiera ponerme.

Entonces sonó su teléfono.

Al principio lo ignoró.

Cuando volvió a sonar, lo cogió con disimulo y lo miró de reojo. Su expresión cambió. Fue solo un instante, pero fue suficiente.

—¿Todo bien? —pregunté, fingiendo naturalidad.

—Sí, todo perfecto —respondió y ocultó el móvil en el bolsillo.

No volvió a mostrarlo. No lo dejó a la vista en ningún momento. Y yo, que ya había aprendido algunas cosas, tomé nota mental sin decir nada.

El resto de la noche transcurrió entre risas y promesas de futuro. Me incluía en todos sus planes y esa sensación me agradaba. Mucho. Pero aquel instante de tensión seguía presente, como una piedrecita incómoda dentro del zapato.

Me acompañó hasta casa y me dio un suave beso en los labios, despidiéndose con otra promesa más de momentos juntos. No podía negarlo: me estaba enamorando.

Sin embargo, mientras subía las escaleras hacia mi ático, una inquietud silenciosa me seguía.

Recordé su gesto. El cambio tras aquel mensaje.

Entré en casa, cerré la puerta y me apoyé en ella, respirando hondo.

Sabía que Nicolás no era tan transparente como pretendía.

La pregunta no era si había algo que no me estaba contando. La pregunta era si estaba preparada para descubrirlo.

La intuición no grita; susurra. Y cuando lo hace, suele tener razón. Es esa incomodidad leve que intentas justificar, ese gesto que decides ignorar, esa frase que te dices: «Quizás soy yo».

Espóiler: casi nunca eres tú.

La intuición no se equivoca; se cansa de esperar. La confundimos con miedo, con inseguridad o con dramas innecesarios, cuando en realidad es experiencia acumulada. Años de errores haciendo un máster acelerado para avisarte a tiempo.

No te salva de enamorarte, pero te alerta cuando sientes que algo no va bien. Y cuando no la escuchas, simplemente toma nota para decirte más adelante: «Te lo dije».



La intuición no busca tener razón. Quiere que no pierdas el tiempo.

¡NEXT!



Adam Levine de rebajas y léxico de pecador de la pradera



Reviso mis mensajes de Tinder como quien se mira al espejo antes de salir: con esperanza, con ansiedad y con esa certeza incómoda de que, probablemente, algo va a fallar. Pero al menos voy a intentarlo con dignidad.

Y ahí estaba: una notificación de Lucas. Lucas era el clon exacto de Adam Levine, ese hombre que durante años me hizo creer —erróneamente— que yo era el tipo de mujer a la que le pasan cosas interesantes en la parte trasera de un taxi o bajo el brillo de los neones de un videoclip, y no alguien que se mancha de café la blusa antes de entrar a una reunión.

Con un pibonazo así no basta con ir mona; hay que ir espectacular, como si te estuviera esperando una alfombra roja y no una terraza en Chueca con cerveza a temperatura ambiente y mesas pegajosas.

Así que decidí ponerme en manos del peluquero más chic del barrio. Porque si algo he aprendido en esta vida es que, cuando el destino te da una oportunidad, tú vas y la estropeas tú sola…, pero al menos con un buen pelo.

Me puse un vestido de tirantes, sandalias plateadas y unas gafas de sol gigantes. Caminé hacia la peluquería sintiéndome una *celebrity*… de barrio; pero, al fin y al cabo, ¡*celebrity*!

—¡Hola! —dije al entrar—. Hoy tengo una cita y necesito un cambio de *look*. Algo fabuloso, pero sencillo.

—¡Por supuesto, cariño! —respondió el estilista, un chico con el pelo azul eléctrico y un delantal lleno de pinceles y tijeras—.

Siéntate y déjame hacer magia.

Me relajé en la silla, confiando plenamente en él.

Error número uno.

Después de un par de horas de cortes, secador, productos con nombres impronunciables y un olor químico que prometía juventud eterna, me miré al espejo y me quedé horrorizada.

No era un peinado; era una declaración de intenciones.

—¡Oh, Dios mío! ¡Parece que he sido atacada por una bandada de pájaros furiosos! —grité al ver mi pelo convertido en un caos desastroso.

—Es un *look* muy moderno, querida. Estás a la última moda —intentó tranquilizarme con esa seguridad de quien no va a tener que salir a la calle con eso.

Pagué rápido, salí casi corriendo y acepté la situación. Quedaban quince minutos para la cita y no había arreglo. Pensé en llamar a mi madre, pero mi madre ya tiene suficientes preocupaciones sin enterarse de que su hija se está presentando al amor con un pelo de susto.

Llegué a la terraza de Chueca, donde Lucas me esperaba. Me acerqué con una sonrisa nerviosa, tratando de que las gafas de sol ocultaran mi tragedia capilar y mi autoestima hecha trizas.

—Hola, Lucas.

Él me miró… y estalló en carcajadas.

—«¡Tanarrrr! ¡Al ataquerrr!». ¡Parece que te has peleado con un gato montés! —exclamó entre risas, señalando mi peinado desastroso como si fuera una obra de arte moderna en su peor versión.

Y en ese instante comprendí que Dios existe y tiene un sentido del humor muy retorcido.

Me reí. A esas alturas, ¿qué otra opción me quedaba? ¿Llorar y pedirle una coleta prestada a un desconocido?

—¿A qué te dedicas, Lucas? —pregunté, intentando que la conversación fluyera como dos personas en una cita y no como el público de un club de comedia.

—«¡Condemorrr!». Pues estoy superocupado —respondió, interrumpiéndose a sí mismo con otra imitación de Chiquito de la Calzada.

Cada intento de charla era saboteado por una nueva frase absurda. Era como hablar con un hombre y una televisión al mismo tiempo, pero sin mando a distancia para apagarla.

—¿Y qué te gusta hacer en tu tiempo libre? —insistí, no sé si por educación o porque tengo un trauma con no terminar lo que empiezo.

—Te voy a hacer una «¡guarrerida española!». —Me reí para no llorar. Porque sí: físicamente se parecía a Adam Levine, pero en persona… era como si Adam Levine se hubiera dado un golpe en la cabeza y, al despertar, solo recordara a Chiquito.

Eso sí: tenía una energía desbordante. Era el tipo de energía que contagiaba y te hacía reír aunque no quisieras. Como cuando te ríes en un funeral y luego te sientes fatal por ello.

—Lucas…, ¿siempre hablas así? —pregunté.

—¡Es que soy un cachondo mental! —respondió, guiñándome un ojo.


MENU

Decidí relajarme y dejarme llevar por la experiencia surrealista. Resistirse era como intentar atrapar un pez con las manos: agotador e inútil.

Tras varias cañas, terminamos en su apartamento para tomar una copa más.

—¡Bienvenida a mi humilde «moradarrr»! —exclamó—. ¿Te apetece un vino tinto?

—Claro, lo que tengas —respondí, todavía riéndome.

Mientras preparaba las bebidas, me miré al espejo del pasillo. El pelo seguía siendo un atentado visual. Ya no lo miré con dolor: lo miré con resignación. Como se mira a un ex después de seis meses.

—Lucas, ¿te importa si paso al baño? Necesito arreglarme un poco.

—¡A cascarla! ¡Pasa, pasa!

Me apañé como pude y volví al salón. Lucas me esperaba con dos copas.

—Tana, eres un torpedo. ¡Me alegro de haberte conocido!

Brindamos.

Sorprendentemente, lo pasé bien. No por romanticismo, sino por lo absurdo.

A veces el cuerpo no necesita amor. Necesita reírse de algo para no explotar.

Después de un par de copas más, decidí que ya era suficiente.

—Lucas, ha sido una noche muy divertida, pero creo que me voy.

—¡Hasta otra, figura! —respondió levantando la copa en un último brindis mientras intentaba guiñarme un ojo, pero parecía que tenía un tic nervioso.

Cerré la puerta con la certeza de que mi vida amorosa no era una comedia romántica, sino un documental sobre especies en peligro de extinción.

Al final, no había conseguido al hombre de mis sueños, pero al menos mi dignidad (o lo que quedaba de ella tras el corte de pelo) seguía técnicamente intacta.

Salí a la calle y caminé a casa riéndome sola. Me reía de mí, de Tinder, de mi pelo, del universo y del hecho de que había sobrevivido otra vez sin terminar en un contenedor de vidrio.

Al llegar, Pablo estaba en la cocina preparando algo que olía divinamente. Ese aroma… Ese aroma era lo más cercano a la estabilidad emocional que había tenido en meses.

—Hola, Tana. ¿Qué tal la cita?

—Pablo…, ¿te imaginas a Adam Levine hablando como Chiquito de la Calzada? —le dije aguantando la risa.

Pablo me miró, se fijó en mi pelo… y estalló. Sus carcajadas retumbaron en toda la cocina.

—No preguntes —le contesté, dejándome caer en la silla con un suspiro de resignación.

—Suena como una pesadilla. Anda, siéntate; te preparo algo para recuperarte —dijo con una mezcla de compasión y diversión que, por primera vez en el día, me hizo sentir querida y no solo analizada.

—No sé cómo sobreviví —le confesé—. Cada vez que abría la boca, salía una frase de Chiquito. Era imposible mantener una conversación normal. ¡Y todo el mundo mirándome!

—Bueno —dijo sonriendo mientras removía algo en la sartén—, por lo menos era guapísimo…

—Ya, pero de nada sirve ser guapo si cada dos por tres te suelta un «¡fistro!» emocional.

Nos reímos, cenamos y más tarde nos acomodamos en el sofá. Pablo se puso una mascarilla facial y, con una sonrisa traviesa, me ofreció otra.

—Una noche de autocuidado después de una cita desastrosa siempre ayuda.

—¿Mascarillas faciales y vino? —respondí—. Eso sí que es una cita perfecta.

Nos pusimos las mascarillas como dos señoras modernas que han decidido que el amor está sobrevalorado, pero la hidratación no.

Y en ese momento pensé que, con todo el caos sentimental, tener a alguien con quien reírte al final del día no estaba nada mal.

Aquella noche entendí que el físico puede atraer, pero si no hay conversación, naturalidad y atención, todo lo demás se queda como algo superficial.

Nunca me han gustado los hombres que van de graciosos todo el tiempo. Esos que convierten cada frase en un chiste. No me seduce salir con alguien que vive sobre un escenario permanente. Quiero reírme, sí, pero sin sentir que estoy sentada en primera fila, aplaudiéndoles constantemente.

Me encanta la risa que surge de la naturalidad, no la que se fuerza. Tal vez por eso no soporto a quienes confunden ser auténticos con hacer un *show*. Me fascina la gente que no necesita hacer ruido para hacerse notar, la que brilla sin necesidad de un foco, la que sabe que la verdadera conexión no necesita aplausos.

Esa noche no descubrí grandes verdades sobre el amor, sino algo más práctico: que puedo disfrutar sin falsas expectativas, reírme sin engancharme y volver a casa sin preguntarme: «¿Y si…?».

Y eso, en los tiempos que corren, ya es mucho.



De nada sirve tener un cuerpo de videoclip si el guion es de un monólogo de bar. El físico te hace entrar, pero el ruido te echa a patadas.

¡NEXT!



Guionista del amor y otros cuentos chinos



Siempre he creído que hay hombres que no mienten; guionizan. No te dicen una mentira directamente, sino que te cuentan una versión de los hechos donde ellos siempre quedan bien, y si te quejas, pareces exagerada.

Nico era así.

No hubo una gran escena ni un descubrimiento cinematográfico. No encontré mensajes explícitos ni fotos comprometedoras. Fue algo más sutil, más incómodo, más propio de la vida cotidiana: una conversación que comenzó con vino, con la música bajita y que terminó dejándome una sensación extraña en el estómago, como cuando sabes que algo no va bien, pero aún no te atreves a enfrentarlo.

—Hay algo que debería haberte contado antes —dijo, evitando mi mirada.

Esa frase nunca llega en buen momento. Llega cuando ya estás totalmente involucrada.

Me habló de su mujer. O, mejor dicho, de la mujer con la que aún convivía.

—Hace tiempo que no dormimos juntos —aclaró rápidamente—. Vivimos como compañeros de piso. Lo hacemos por nuestro hijo.

Ahí me quedé en silencio.

—¿Tu hijo? —pregunté, tratando de mantener la voz firme.

—Sí…, tiene diez años.

Diez años de vida que yo no conocía. Diez años de cumpleaños, rutinas, domingos familiares y decisiones compartidas que no aparecían en ninguna de sus historias cuidadosamente narradas. Me quedé perpleja, no tanto por el hecho de que tuviera un hijo, sino porque nunca lo había mencionado. Como si no fuera una parte esencial de su vida, sino una nota a pie de página.

—No quise asustarte —añadió—. Pensé que, si te contaba todo desde el principio, no me darías una oportunidad.

Ahí comprendí muchas cosas. Estaba cansada de repetir patrones que ya no me representaban. Entendí por qué nunca se quedaba a dormir. Por qué los planes siempre eran a medias. Por qué su móvil siempre estaba boca abajo. Por qué todo parecía tan intenso, pero tan poco concreto.

Me explicó que su relación llevaba años rota, que el amor se había desvanecido y que solo quedaba la logística emocional de una familia que no sabía cómo separarse sin destrozarlo todo.

Me habló de monotonía, de desgaste, de largos silencios y de la culpa constante de desear algo diferente sin saber cómo expresarlo.

Y luego vino la parte que más me dolió, no por cruel, sino por previsible.

—No quiero perder lo que tenemos —dijo—. Podemos seguir viéndonos. Sin presión. Dejando que las cosas fluyan.

Fluir. Ese verbo tan cómodo para quien no tiene nada que perder. Me habló de paciencia, de tiempos, de que no todo es blanco o negro, de que a veces la vida es complicada…

Yo lo escuchaba, reflexionando sobre lo sencillo que es pedir comprensión cuando no eres tú quien se encuentra al margen.

—¿Y qué papel jugaría yo en todo esto? —pregunté al final.

—Eres importante para mí —respondió—. Mucho.

Pero no dijo prioritaria. No dijo elegida. No dijo visible.

Ahí supe que no era una historia de amor complicada, sino de una gestión emocional a su medida, donde yo debía adaptarme, comprender, esperar y agradecer lo poco que pudiera darme.

Me levanté despacio. No estaba enfadada; tenía las ideas claras.

—No quiero ser la historia secreta de nadie —le dije—. No quiero aceptar migajas ni ocupar espacios entre responsabilidades ajenas. No quiero ser un «mientras tanto», ni una opción cómoda, ni un paréntesis emocional en una vida que ya está trazada.

Me miró como si no entendiera del todo.

—Quiero ser la prioridad —continué—. No una posibilidad remota, ni una promesa vacía, ni una mujer a la que se le pide paciencia mientras otro decide qué hacer con su vida.

No hubo reproches.

No hubo gritos.

Solo esa certeza tranquila de haber llegado a un límite que ya no dolía cruzar.

Llegué a casa con esa tristeza extraña que no duele, pero agobia. La de haber tenido razón cuando no querías tenerla.

Pablo estaba en la cocina.

—Te he hecho pasta —dijo—. La de siempre.

Y en ese instante supe que lo había intuido. Ese plato solo lo prepara cuando llego a casa en silencio, cuando dejo el bolso en la silla sin decir nada, cuando ni siquiera pregunto qué hay de cenar.

—Casado —dije al sentarme.

Pablo no se sorprendió. Solo asintió.

—Qué clásico —respondió—. ¿Vino o agua?

—Vino.

Se quedó conmigo en la cocina. No para entrometerse, sino para acompañarme. Sin preguntas incómodas. Sin prisas. Sin frases del tipo «ya verás como todo pasa», que no ayudan nunca.

—No estás loca —me dijo, sin dramatismo—. Tu intuición funciona mejor que la de muchos hombres.

Y ahí ocurrió algo peligroso, porque el hecho de que un hombre escuche sin corregirte hoy en día es afrodisíaco.

Que no te minimice, que no te explique tu propia historia y no te haga dudar de lo que has visto…, eso debería venir con advertencia sanitaria.

—No estabas equivocada —dijo mientras removía la salsa—. A veces lo sabemos desde el principio, pero preferimos creer lo

contrario.

—Me da rabia —confesé—. No por estar casado, sino que se enfadó porque decidí irme.

—Eso no es amor —respondió—. Es ego herido.

Mientras removía la salsa, pensé en Nico. En sus palabras bonitas, en su encanto intelectual, en su vida paralela perfectamente organizada. No me había enamorado de un hombre; me había ilusionado de una fantasía.

El escritor no quería una mujer. Quería una lectora entusiasta que no hiciera preguntas incómodas.

Quería todo sin renunciar a nada.

Nos sentamos a cenar. Comí despacio y comprendí algo importante: no me había roto; solo me había cansado de explicar por qué no aceptaba menos.

Pablo recogió los platos y me miró.

—Mañana te hago el desayuno —dijo—. Así comenzamos el día bien.

Sonreí.

Cuando se marchó, me quedé sola en el salón, pensando en Victoria, en mi intuición, y en todas las ocasiones que preferí creer; porque creer es más cómodo que enfrentar la realidad.

Y entendí algo importante: no me había equivocado al ilusionarme; me habría equivocado si me hubiera quedado. Porque amar no es entenderlo todo.

Amar también es saber cuándo decir que no.

Y esta vez lo supe con total certeza.



No quiero ser la historia secreta de nadie. No quiero aceptar migajas. Quiero ser la prioridad y no una opción.

¡NEXT!



Sérum, vino y otras dudas razonables



Pablo y yo nos volvimos inseparables desde que se mudó a mi ático en Malasaña.

Compartíamos desayunos, cenas improvisadas, risas y rituales de autocuidado que empezaban a parecer peligrosamente terapéuticos. A ese ritmo, lo siguiente era adoptar un gato y ponerle nombre compuesto.

Y, aun así, no podía evitar preguntarme lo inevitable: ¿Pablo era gay? ¿O era simplemente el único hombre que conocía que sabía para qué servía un contorno de ojos sin leerse las instrucciones?

Desde aquella primera noche de mascarillas faciales y vino reserva, nuestro ritual de *spa* semanal quedó oficialmente instaurado, con acta no firmada y consecuencias emocionales imprevisibles. Mascarillas, copas y confidencias: lo justo para que mi cerebro empezara a sacar conclusiones sin haber pasado por el departamento de lógica y situarse donde las emociones se desnudan y la razón se queda en el vestíbulo.

Él me escuchaba de verdad. No con esa atención interesada que busca un momento para un acercamiento, sino con una calma inusual, cómoda, casi inquietante. Se interesaba por cómo me sentía, no por cómo había ido la cita. Recordaba detalles y me ofrecía silencio cuando lo necesitaba, así como conversación cuando no sabía pedirla.

Sin darme cuenta, aquello empezaba a gustarme demasiado.

Decidí que era el momento de hablar con Victoria, mi mejor amiga y lesbiana orgullosa. Siempre tenía una perspectiva clara sobre estos temas; directa y sin anestesia.

—¡Victoria, te necesito! —grité al iniciar la videollamada, como si estuviera atrapada en una isla desierta, pero con wifi.

Victoria respondió al instante. Su rostro estaba cubierto con una mascarilla de arcilla verde que la hacía parecer una versión muy serena de Shrek.

—Hola, Vic. Veo que hoy estás en modo *spa* prémium —bromeé—. Necesito tu consejo sobre Pablo —le dije mientras me acomodaba en el sofá, intentando parecer adulta y no una adolescente atrapada en un torbellino emocional.

Victoria arqueó una ceja con la precisión de alguien que ya sabe por dónde va la historia.

—¿Pablo? ¿Qué sucede con él?

—Bueno…, hemos estado pasando mucho tiempo juntos y creo que podría estar empezando a gustarme —admití—. Más de lo razonable. Más de lo recomendable. Más de lo que dicen los manuales de supervivencia emocional.

—Ajá —respondió ella, disfrutando claramente—. ¿Y cuál es el problema?

—Que no sé si es gay —solté—. Siempre está impecable, huele increíble y tiene más productos de cuidado facial que yo. Ayer me explicó la diferencia entre sérum y esencia. Con ejemplos.

Victoria no pudo contener la risa.

—Tana, que un hombre se cuide no lo convierte automáticamente en gay. Aunque reconozco que, a veces, puede ser confuso.

—Gracias por no juzgarme —respondí—. No quiero preguntarle directamente: «Hola, ¿te importaría aclararme tu orientación sexual antes de que yo me haga ilusiones innecesarias y compre velas aromáticas?». ¿Te imaginas, Vic?

—La comunicación es importante —dijo Victoria—, pero también puedes observar. ¿Flirtea? ¿Deja entrever algo?

—Es imposible —suspiré—. Es amable con todos.

Demasiado. Como si hubiera hecho un máster en trato humano impecable.

Victoria se quedó pensativa unos segundos.

—Invítalo a una salida grupal, gente diversa, vino, conversaciones relajadas… Ahí nadie puede fingir durante mucho tiempo.

—¡Eso podría funcionar! —me animé—. Gracias, Vic. Eres mejor que Google, ¡y sin anuncios!

Colgué la llamada justo cuando Pablo apareció en la cocina con dos cafés.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí —respondí—. Solo… organizando mis ideas.

Me sonrió. Esa sonrisa tranquila. Sin intención aparente. Sin prisa.

Y ahí comprendí algo que no me gustó nada: no estaba intentando averiguar si Pablo era gay; estaba tratando de saber si podía gustarme sin que eso arruinara lo que ya teníamos. Porque hay hombres que te desordenan la vida. Y luego estaba Pablo, que, sin proponérselo, empezaba a ordenarla…



He sobrevivido a mil tormentas, pero no sé si estoy preparada para alguien que, en lugar de traerme truenos, me ofrece un asiento en primera fila para ver el sol. Y eso, curiosamente, da aún más miedo.

Red flag con totebag



Reviso Tinder como quien abre la nevera a las dos de la madrugada: no espero nada bueno, pero ahí voy, por deporte. Yo, que odio el deporte.

Tenía un *match* nuevo: un tal Hugo. Fotos rodeado de naturaleza, sonrisa amable y mirada de «he venido a arreglar el mundo…, empezando por tu cena».

Quedamos en un sitio mono de Malasaña, de esos con luces cálidas, plantas colgantes y sillas incómodas, porque hoy el diseño odia la espalda humana.

Llevaba una totebag de algodón orgánico, de esas de color crudo que parecen limpias incluso cuando no lo están. En letras verdes ponía algo así como «There is no planet B». Me pregunté si venía con el mensaje de serie o si se la regalaron al cumplir seis meses sin gluten.

La dejó cuidadosamente sobre la silla antes de sentarse, como si fuera un objeto frágil. Dentro asomaba un libro de tapa blanda, una botella reutilizable y, juraría, una pieza de fruta. Todo muy simbólico. Todo muy correcto.

—Hola —me saludó sonriendo—. Perdona si huelo raro. Uso desodorante natural.

Sonreí con educación. «Mientras no huela a culpa, todo bien».

Él rio. Yo me reí. «¡Esto promete!», pensé.

Nos sentamos. Hugo miró la carta con la concentración de un cirujano.

—¿Qué te apetece? —pregunté.

—Lo que sea, mientras no lleve sufrimiento —respondió muy serio, como si acabara de citar a Sócrates.

Pidió agua filtrada. Yo pedí vino.

Nos miramos. Él, con curiosidad moral. Yo, con sed.

Mientras hablaba, no soltó la totebag. La abrazaba con el antebrazo, como si en cualquier momento pudiera salir corriendo a salvar el mundo.

—No intento convencerte —dijo—. Cada uno tiene su proceso.

Justo después me explicó, con calma y paciencia, por qué comer carne era una decisión poco evolucionada. Yo asentía mientras pensaba que, a ese ritmo, iba a necesitar dos copas más para alcanzar su nivel de conciencia.

—El alcohol es… —empezó.

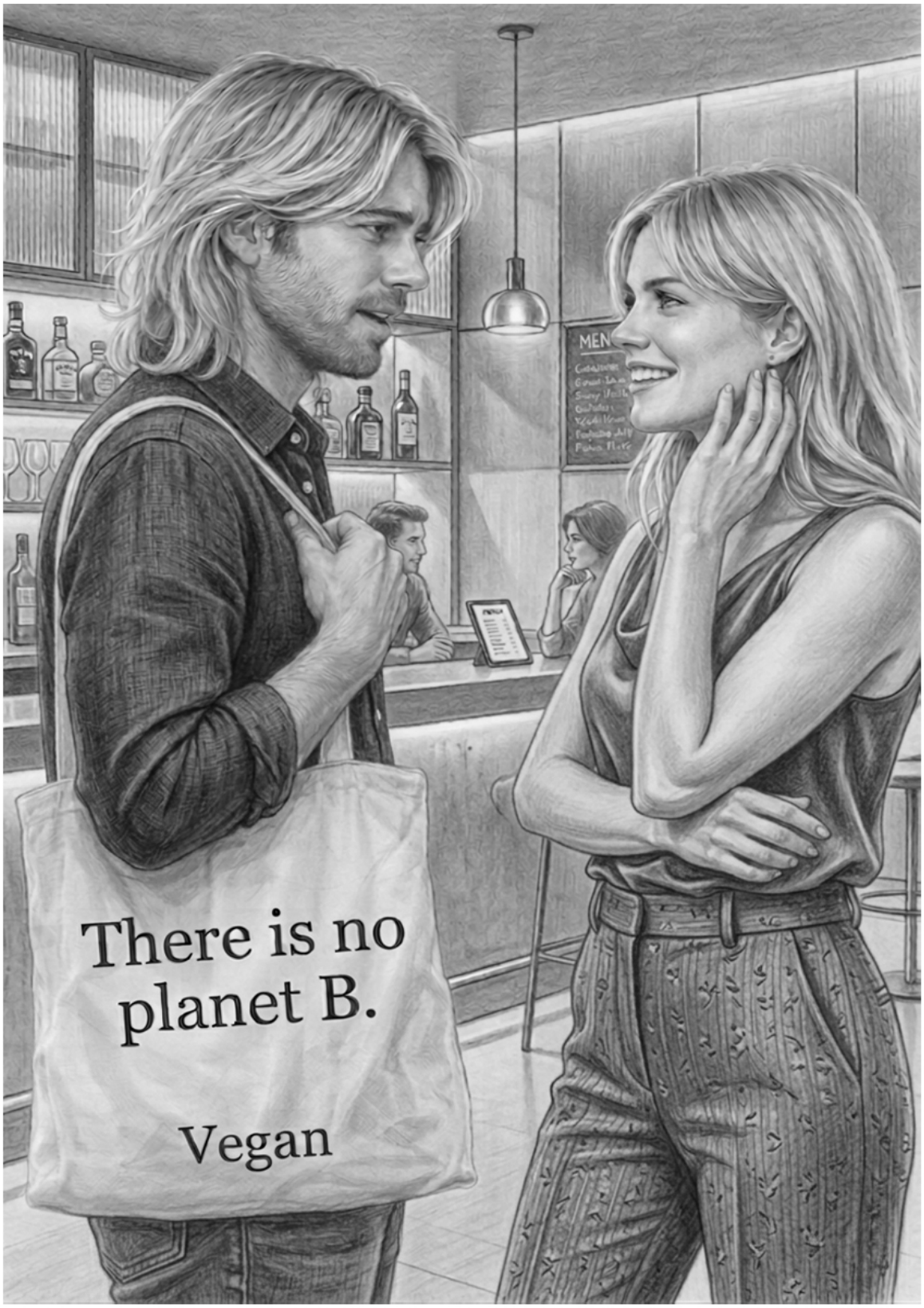
—Una bendición —terminé yo, levantando la copa.

Él sonrió con una paciencia que no era verdadera; era una superioridad adornada con dientes blancos.

Hugo hablaba bien. Había que admitirlo. La conversación comenzó amena: viajes, trabajo, libros. Y entonces, como quien no quiere la cosa, llegó el primer golpe.

—¿Tú comes carne? —preguntó con voz suave, como si estuviera preguntando si colecciono cadáveres en casa.

—Sí —dije—. Y también como croquetas. Y pan. Soy una persona compleja.


There is no planet B.
Vegan

Hugo inclinó la cabeza.

—Es que yo no podría. No quiero participar en eso.

—¿En qué? —pregunté sabiendo perfectamente que estaba abriendo una puerta que no podría cerrarse.

—En el sufrimiento animal, Tana. —Dijo mi nombre como si me estuviera dando la oportunidad de redimirme—. ¿Has visto vídeos de mataderos? Es… horrible.

Ahí estaba. El documental invisible proyectándose en mi mesa.

—He visto vídeos horribles, sí —respondí—. También he visto a mi banco cobrarme comisiones, y sigo usando tarjeta.

Hugo soltó una risita, pero siguió.

—De verdad, no es broma. Los animales sienten. Tienen miedo. ¿Has visto cómo miran?

—Sí. Igual que me miras tú en este momento.

No lo pilló. O no quiso pillarlo.

—No intento convencerte —repitió. Dos segundos después añadió —: Pero, si lo piensas, ser vegano es lo más coherente.

El clásico: no intento convencerte, solo voy a hacerlo hasta que te canses o te vayas.

—¿Eres vegano por los animales o por el planeta? —pregunté.

—Por todo —respondió con serenidad mística—. Los animales, el planeta, la salud… Es una forma de vivir. Una evolución.

Evolución. Me encantó. Yo también me estaba «evolucionando», pero hacia la segunda copa.

—Entonces, si yo pido…, no sé…, unas bravas —dije—, ¿te da algo?

—No me da algo —sonrió—. Solo me da pena.

Y ahí, sin querer, me clavó un tenedor emocional.

—¿Pena por mí o por la patata?

—Por lo que representa —dijo, como si la patata hubiera votado en contra de la humanidad.

Pidió un plato con nombre de conjuro: *bowl* ancestral de quinoa con tempeh y crema de anacardos. Yo pedí una hamburguesa. Sentí que estaba firmando un contrato con el diablo, pero al menos el diablo venía con patatas.

La totebag seguía ahí, presente, vigilante. Juro que me juzgaba.

Hugo continuó:

—La gente no se da cuenta de que el sistema nos anestesia. Nos desconecta. Comer animales es violencia normalizada.

—¿Y discutir por una hamburguesa en una primera cita es terapia de choque?

—Es conciencia.

Yo asentí pensando que, si la conciencia era esto, prefería una ignorancia con postre.

Durante un instante me miró con ternura.

—Tú tienes buena energía. Solo necesitas alinearte.

—¿Alinearme con qué?

—Con tus valores.

—Cariño, mis valores hoy son vino, pan y no ser juzgada en una terraza.

Él rio de verdad. Por un segundo pensé que quizá no era tan intenso. Y entonces ocurrió…

Mi móvil vibró; un mensaje corto. Perfectamente calculado:

¿Qué tal estás? He pensado en ti.

No era Pablo. No era Victoria…

Hay hombres que no te dejan marchar, pero tampoco permiten acercarte. No te quieren, pero tampoco te liberan. No aparecen hasta que notan tu ausencia.

Yo tardé en ponerle nombre. Antes lo llamaba intuición rara, casualidad incómoda o qué oportuno es este tipo. Ahora lo sé; *benching*: el arte de sentarte en el banquillo mientras el partido sigue sin ti.

El mensaje apareció justo durante mi cita con el vegano iluminado, como si tuviera un radar emocional de alta precisión: «¿Qué tal estás? He pensado en ti». ¡Claro que había pensado en mí! Siempre pensaba en mí cuando yo estaba a punto de pensar en otra cosa.

No contesté. Primer acto de dignidad del día. Porque el *benching* no es amor; es dopamina mal gestionada. Y yo llevaba semanas con la serotonina por los suelos.

Se llamaba Rodrigo. Bueno…, se llamaba Rodrigo cuando le venía bien. Cuando no, era silencio administrativo. Siempre puntual cuando no debía.

Miré la pantalla. Miré la totebag y al vegano, que seguía hablando de coherencia vital. Me quedé mirando la pantalla un segundo más.

—¿Todo bien? —preguntó Hugo.

—Sí —mentí—. Cosas del siglo XXI.

Guardé el móvil sin responder.

—Además —añadió—, las relaciones funcionan mejor cuando estás limpio por dentro. La alimentación influye en todo.

—Claro —dije—. Porque nada crea intimidad como hablar de heces en una primera cita.

—Me refiero a la vibración —aclaró. Yo bebí.

Hugo suspiró con esa calma que da ganas de empujar a alguien a una piscina.

—Tana, no quiero que te sientas atacada. Solo pienso que podrías ser una versión mejor de ti misma.

Y ahí lo entendí con una claridad casi poética.

No estaba cenando; estaba siendo evaluada. Como si mi vida fuera un examen y él tuviera el boli rojo.

—¿Te molesta que beba vino? —pregunté.

—No me molesta. Me preocupa.

—¿Y si pido carne?

—Me da tristeza.

—¿Y si fumo?

—Eso ya sería… —hizo una mueca— autodestrucción.

—Perfecto —sonreí—. Entonces, según tu escala, yo soy un apocalipsis con sandalias.

Nos reímos. Y durante varios minutos fue divertido. Pero al final, la diversión se volvió cansancio.

Hugo cogió su totebag como quien recoge su bandera.

—Me lo he pasado bien —dijo—. Eres diferente. Me gustas.

—Gracias —respondí—. Yo también me he divertido.

Y era verdad. Me había reído. Pero no por amor, sino por supervivencia.

Caminé hacia casa con el móvil ardiendo en el bolso, el mensaje sin responder y el eco de la frase de Hugo diciéndome «versión mejor» resonando como si yo fuera una app a la espera de una actualización.

Al llegar a mi portal, me miré en el reflejo del cristal. Pensé una cosa muy simple: yo no quiero a alguien que me mire como si estuviera equivocada por existir.

No le molestaba que yo comiera carne ni que bebiera vino. Le molestaba que no necesitara su aprobación.

No buscaba simplemente compartir una comida. Buscaba tener razón, y si era posible, corregirme mientras comía quinoa.

Dejé la hamburguesa a medias, pagué mi parte y me fui.



No busco a alguien que me mire como un pecado ecológico mientras cena quinoa. Prefiero mi imperfección con sabor a hamburguesa a tu perfección con sabor a juicio. Porque si para quererme tienes que reformarme, no eres una cita: eres un evangelista del tofu… Y yo no busco la salvación; busco la cena.

¡NEXT!



Cómo incendiar una cocina (y un corazón) sin usar cerillas



Era una de esas tardes en la que el sol se filtraba a través de las cortinas, creando un ambiente acogedor.

Pablo había asumido el papel de chef de la casa, como si yo fuera una especie de soltera caótica que necesita supervisión constante para no alimentarme exclusivamente de café y galletas. Me tocaba la fibra de esa mujer adulta e independiente que, aunque no supiera hacer un suflé, era perfectamente capaz de abrir un tarro de mermelada sin que nadie viniera al rescate.

—Hoy cocino yo —anuncié entrando en la cocina con una confianza que era más un acto de fe que otra cosa.

Pablo levantó la vista del móvil, sorprendido, como si hubiera visto un unicornio en el salón.

—¿Segura? —preguntó con tono de paciencia infinita, convencido de que iba a terminar pidiendo *pizza*, pero se esforzaba por no herir mis sentimientos.

—Segurísima. Relájate. Si sabes leer, sabes cocinar.

Eso último no tenía ningún respaldo científico, pero lo dije con convicción, que siempre ayuda.

Saqué ingredientes al azar: verduras, especias, algo líquido. Todo parecía prometedor… hasta que dejó de serlo.

Decidí hacer un guiso, «porque un guiso es reconfortante», pensé. Es el tipo de plato que abraza el alma y te recuerda que todo está bien.

En diez minutos había logrado algo entre un estofado espeso y una poción medieval. Olía raro, como si estuviera a punto de cobrar vida y contar historias de épocas pasadas.

—¿Qué lleva eso? —preguntó Pablo, apoyado en la encimera, observándome como quien ve a alguien manipular cables sin saber cuál es el rojo.

—Creatividad —respondí—. Y un poco de fe.

Removí con una energía excesiva. El cucharón resbaló y el caldo hirviente saltó. Solté un pequeño grito y Pablo dio un paso al frente automáticamente.

—Quietaaa —exclamó.

Y ahí ocurrió.

Me sujetó por la cintura para apartarme del fuego. Fue un gesto rápido, instintivo. Nada sexual. Nada consciente. Pero su mano permaneció un segundo más de lo necesario y sentí el calor de su piel a través de la tela.

Un contacto inesperado y fugaz.

Me quedé paralizada.

El guiso, curiosamente, dejó de burbujear.

Levanté la mirada. Estaba muy cerca. Y me pregunté por qué siempre creemos que podemos controlarlo todo justo antes de que algo —o alguien— empieza a importarnos de verdad. Sentí ese segundo exacto en el que el cerebro se colapsa y el cuerpo empieza a tomar decisiones sin consultarte.

En ese instante, una avalancha de pensamientos me invadió. Primero, un «ahora podría ser el momento perfecto». Después, un «no» que intentaba protegerme. Finalmente, la certeza absoluta de que esto se estaba complicando irremediablemente.

Pablo inclinó ligeramente la cabeza hacia mí. Mi corazón se aceleró. Y entonces…

—¿Dónde guardas el colador? —dijo estirándose por encima de mí para cogerlo del armario.

El colador…

Yo me quedé mirando al frente, inmóvil, con una cuchara en la mano y la dignidad desmoronándose dentro de la olla.

—Aquí —dije señalando cualquier sitio que no era el correcto, porque en ese momento no sabía ni mi propio nombre.

Pablo pasó a mi lado, ajeno al tsunami emocional que acababa de provocar sin darse cuenta, y comenzó a rescatar mi guiso como si no hubiera estado a punto de besarme…, o de parecer que iba a hacerlo…, o de hacerme pensar que lo iba a hacer.

—No está tan mal —comentó—. Solo necesita… un poco más de sabor.

—Como yo —respondí, sin pensar.

Me miró. Sonrió. Esa sonrisa tan suya, tan serena, que no promete nada y por eso desarma por completo. Lo dijo con una naturalidad insultante, como si no acabara de invadir mi espacio personal y dejarme sin oxígeno.

Se alejó un par de pasos, examinando el colador como si fuera una pieza de museo mientras yo intentaba procesar si me estaba dando una lección de cocina o de vida.

—El sabor se puede mejorar —dijo—. La intención ya la tienes. Solo hace falta un poco de práctica.

—La práctica está sobrevalorada —logré articular, aunque mi voz sonó más aguda de lo que me hubiera gustado—. A veces, el caos es el ingrediente secreto.

Nos sentamos a la mesa con aquel guiso insólito. Nos reímos. Me burlé de mí misma. Él no intentó arreglar la situación ni crear tensión innecesaria.

Comió despacio y escuchó mis palabras sin interrumpir. Simplemente estuvo allí, creando un espacio donde podía ser yo misma sin presiones.

Y ahí entendí el verdadero problema. No era que Pablo me tocara; era que no lo hacía… y, aun así, yo sentía cosas que no podía ignorar.

No me estaba conquistando, y tal vez por esa razón él estaba empezando a importarme.



A veces buscamos desesperadamente a alguien que nos incendie la vida, sin darnos cuenta de que lo que realmente necesitamos es a alguien que sepa cuándo apartarnos del fuego. Me pasé años buscando un príncipe azul que no destiñera, sin entender que hay roces que no manchan, pero que te dejan marcada para siempre.

Lola, Chueca y el arte de marcar territorio sin despeinarse



La idea fue de Victoria, como casi todas las decisiones que se toman cuando una mujer empieza a sospechar que su vida emocional se le está yendo de las manos y necesita confirmaciones externas para no sentirse una exagerada profesional con doctorado en sobrepensar.

—Necesitas verlo en sociedad —me dijo por teléfono, con esa voz suya que no admite réplica—. Nadie puede sostener un personaje entre vino, música y gente diversa durante más de dos horas. Es física cuántica emocional.

—¿Y si no quiero saber la respuesta? —pregunté, tumbada en el sofá, mirando al techo como si allí estuviera escrita la solución.

—Peor —respondió—. Porque entonces ya la sospechas. Y una sospecha sin confirmación es como un eco resonando en tu cabeza hasta que decides enfrentarla.

La fiesta era en casa de una amiga suya, en Chueca, ese barrio donde todo el mundo parece interesante aunque no lo sea y donde uno siempre acaba hablando de proyectos que nunca verá terminados. Ambiente relajado, música que no molesta, alcohol suficiente como para que las verdades empiecen a deslizarse sin caer en el drama, el punto exacto en el que una cree que controla la situación aunque ya haya dejado de hacerlo.

Pablo aceptó venir sin dudar, lo cual, en retrospectiva, fue mi primer error de cálculo.

—Claro —dijo—. Además, Lola también va.

Lola. Siempre Lola. Ese nombre cayó como una piedra en un estanque en calma, rompiendo cualquier reflejo de tranquilidad que me quedara.

La amiga, la diseñadora, la creativa con taller *vintage*, con mucha luz y esa aura especial que parece ser innata en personas que nunca se despeinan ni emocional ni físicamente. Yo asentí con una sonrisa educada mientras algo en mi interior se tensaba sin aviso, como cuando el cuerpo detecta peligro antes que la mente, pero sin poder encontrar las palabras exactas para explicarlo.

Llegamos juntos, lo cual ya era extraño. Salir con un hombre sin expectativas, sin nervios, sin ese mantra mental de «no te ilusiones, no te ilusiones, no te ilusiones» me descolocó más que cualquier cita romántica reciente. Él estaba tranquilo. Yo también… o al menos eso me repetía como un mantra mal aprendido.

Victoria nos recibió con una copa en la mano, una sonrisa cómplice en el rostro y la energía de alguien que sabe más de lo que dice.

—Tana, estás guapísima —dijo sincera. Luego miró a Pablo—: Y tú…, interesante.

No supe si aquello era un cumplido o una advertencia en formato elegante.

La casa estaba llena de risas, conversaciones entrelazadas, cuerpos que se movían con naturalidad, como si nadie estuviera actuando para impresionar. Y eso, curiosamente, me puso más nerviosa que cualquier primera cita con expectativas claras. Todo parecía fácil. Demasiado fácil. Como esas situaciones que una sabe que no durarán porque nadie ha tenido que esforzarse aún.

Y entonces apareció Lola.

No entró. Apareció.

Como si siempre hubiera estado allí, llenando el espacio con la seguridad de quien no necesita demostrar nada ni pedir permiso para existir. Pelo corto, mirada directa, presencia firme. Pablo se iluminó al verla. No de manera exagerada ni evidente, pero yo lo noté, porque cuando empiezas a fijarte en alguien, te das cuenta de detalles que antes no importaban, como la manera en la que sus manos se mueven, o al hablar, o el brillo en sus ojos al sonreír.

—Lola —dijo—. Ven, quiero que conozcas a Tana.

Nos dimos dos besos.

—Tenía muchas ganas de ponerte cara —me dijo—. Pablo habla mucho de ti.

Y ahí fue donde algo hizo clic.

Observé como me había indicado Victoria; observé a Pablo con Lola, con el resto, conmigo. Era el mismo de siempre: atento, educado…, no flirteaba con nadie; tampoco conmigo. Pero estaba, y eso me hacía preguntarme si su presencia era suficiente para mantener la ilusión o si, en realidad, tenía un significado más profundo.

Victoria me miró de reojo, detectando mi rigidez, pero yo solo pude aferrarme a la copa, deseando que el vino hiciera su magia antes de que el primer «Lola» de la noche me hiciera perder el equilibrio.

—¿Entonces? —susurró.

—No lo sé —respondí—. No encaja en ninguna casilla.

—¿Te tranquiliza o te inquieta?

Pensé un segundo, que en realidad fueron muchos.

—Me inquieta.

En algún momento alguien subió la música, alguien propuso bailar, y Pablo, con una leve sonrisa, me miró a los ojos y me tendió la mano como si me invitara a un mundo donde las palabras sobraban.

—¿Bailas?

Dudé solo un instante, el suficiente para darme cuenta de que no era indiferencia lo que sentía, sino miedo a que algo cambiara sin haberlo autorizado previamente.

Bailamos cerca, sin coreografías ridículas ni tensión explícita, sin necesidad de decir nada. Fue ahí, en medio de esa aparente inocencia, cuando sentí el cambio; no en forma de mariposas ni fuegos artificiales, sino como un vértigo suave, incómodo y persistente.

Porque me di cuenta de que ya no estaba evaluando si Pablo era gay. Estaba intentando protegerme de la posibilidad de que no lo fuera.

Al separarnos, Lola se acercó con dos copas.

—Te lo cuido mucho, ¿eh? —me dijo sonriendo—. Es un tesoro.

Le devolví la sonrisa, pero algo dentro de mí se encogió, como si acabaran de decirme algo importante sin saber muy bien qué hacer con ello.

De camino a casa caminamos en silencio unos metros; un silencio que, aunque no resultaba incómodo, tampoco era del todo relajante.

—¿Te ha gustado la fiesta? —preguntó Pablo.

—Sí, ha sido divertida —respondí, esforzándome por parecer despreocupada—. La gente, la música…, todo.

—A mí también —dijo—. A veces, conocer a la gente fuera de casa cambia las cosas.

Pablo me miró, y en su mirada había una mezcla de curiosidad y algo más profundo, como si quisiera saber lo que realmente pensaba.

Subimos al ático. Las llaves, el sofá, el vino…, el ritual de siempre. Todo igual, pero yo ya no era la misma.

Esa noche no me pregunté si Pablo era gay, ni si estaba empezando algo, ni si debía frenarlo a tiempo.

Me cuestioné qué sucedería si me atreviera a enfrentar la realidad. Y, curiosamente, me aterraba más que Tinder.



A veces, el mayor desafío no es que un hombre sea un enigma, sino que empiece a ser la respuesta a preguntas que no te atrevías a hacerte. Porque hay hombres que entran en tu vida pidiendo permiso, y otros que comienzan a estar hasta que un día descubres que ya ocupan espacio… Y no sabes muy bien si estás lista para mover los muebles. Y lo peor no es el tropiezo, sino el miedo a que, si lo quitas de ahí, todo el salón se te caiga encima.

Lola. Entre telas, café y confidencias



Lola apareció una tarde cualquiera. Lo hizo sin pedir permiso y sin anuncios previos, instalándose con la soltura de quien no necesita justificar su presencia. Era como esas personas que entran en una casa extraña con la certeza absoluta de que siempre han pertenecido a ella.

Yo estaba en la cocina, en zapatillas, peleándome con una cafetera italiana que jamás cooperaba a la primera, ni a la segunda, ni cuando una ya ha perdido la fe en la humanidad. Fue entonces cuando escuché la puerta abrirse.

—Tana —llamó Pablo desde el recibidor—, ¿te parece bien si Lola se queda un rato? Viene a dejarme unas telas.

«Un rato». Esa frase engañosa que rara vez cumple lo que promete.

—Por supuesto —respondí con esa falsa naturalidad que adoptamos para no enfrentar lo que realmente sentimos en una situación que aún no sabemos cómo describir.

Lola entró como la otra vez: cómoda, sonriente, segura. Traía una bolsa enorme llena de telas extravagantes y ese aire de persona que no necesita caer bien porque siempre lo logra. De esas que no fuerzan la simpatía, porque la llevan incorporada.

—Perdona la invasión —dijo—. Prometo no quedarme mucho.

Mentira piadosa número uno del día.

Mientras Pablo y ella hablaban de colores, costuras y fechas de entrega, yo fingía estar completamente absorta en mi café, como si

de ello dependiera el equilibrio del universo.

Los observaba de reojo. No había nada evidente ni reprochable, ningún gesto que pudiera criticar abiertamente.

—¿Te importa si me quedo un momento contigo? —me preguntó Lola cuando Pablo se retiró un instante.

Asentí, por supuesto. Porque rechazarla habría sido admitir algo que aún no estaba preparada para enfrentar. Un conflicto interno que me atormentaba en silencio.

Nos sentamos en la terraza. Ella dejó la bolsa en el suelo, se ató el pelo con un movimiento natural y me observó con una curiosidad sincera, sin juicio ni intenciones ocultas.

—Pablo habla mucho de ti —dijo—. Se nota que sois un buen equipo.

«Equipo». Esa palabra tan poco romántica y, al mismo tiempo, tan íntima.

—Nos llevamos bien —respondí—. Es fácil convivir con él.

—Sí —sonrió—. Tiene ese don. Hace que todo parezca sencillo.

—Es un talento excepcional —asentí—. A veces me pregunto cómo lo logra.

—Tal vez sea su forma de ver el mundo —reflexionó—. Siempre busca lo positivo en cada situación… ¿Tú y Pablo…? —comenzó, pero se detuvo—. Perdona. No es asunto mío.

Ahí estaba; la pregunta que nadie se había atrevido a pronunciar en voz alta.

—No —respondí rápidamente—. Solo somos compañeros de piso…, amigos.

Lo afirmé con determinación, o quizás con esa convicción que una emplea cuando necesita convencerse primero a sí misma.

Lola asintió lentamente.

—Me alegra —dijo—. Te lo digo de verdad.

No supe por qué, pero ese «me alegra» me descolocó más que cualquier otra cosa. No sonaba ni a alivio ni a decepción. Sonaba auténtico.

—Pablo y yo… —siguió— nos queremos mucho. Pero nunca ha sido… eso.

«Eso»: Una palabra repleta de connotaciones ambiguas.

—Somos familia elegida —añadió—. De la buena.

Sonreí. Sonreí porque era lo único que podía hacer sin delatarme, sin reconocer que esa explicación me calmaba y me inquietaba al mismo tiempo.

—Eres importante para él —dijo de repente—. Se nota.

Y ahí, sin querer, me dio justo donde más dolía. Porque no sabía si quería ser importante para Pablo como amiga, como compañera de piso o como algo que todavía no me atrevía a formular sin sentir vértigo.

Cuando Lola se marchó, Pablo volvió a la cocina como si nada hubiera sucedido.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí —respondí con una mentira cuidadosamente preparada—. Todo perfecto.

Pero aquella tarde comprendí algo incómodo y revelador a la vez: no existía un triángulo amoroso, ni rivalidad, ni un conflicto externo al que echarle la culpa.



El conflicto era interno y llevaba mi nombre. Y no existía copa de vino que pudiera ocultarlo.

Croissants o desayuno con Victoria



Victoria llegó a casa a las diez en punto, ni antes ni después, como todo lo que hace para mantener su apariencia de estabilidad emocional.

Traía *croissants*, unas enormes gafas de sol y esa cara de «sé que me vas a contar algo, pero voy a dejar que te derrumbes primero».

—He traído bollería —anunció—. Lo que viene después suele necesitar un poco de azúcar.

Nos sentamos en la cocina. Yo en pijama; ella, impecable, como si acabara de salir de una editorial neoyorquina y no de una buhardilla en Lavapiés.

—Habla —dijo—. Tienes cara de haber dormido poco y pensado demasiado. Mala combinación.

Suspiré.

—No entiendo nada, Vic.

—Bienvenida al amor moderno —respondió, extendiendo la mantequilla meticulosamente—. Continúa.

—Cuando alguien muestra interés de verdad…, desaparece. Y cuando no lo hace…, vuelve. Es como si hubiera una norma no escrita: si te importa, te castigan con el silencio.

Victoria asintió con una seriedad que reflejaba su experiencia en relaciones complicadas.

—Eso se llama miedo al vínculo, inmadurez emocional o ego desmesurado…, depende del horóscopo.

—No es gracioso.

—Lo sé —sonrió—. Por eso funciona.

Bebí café y pensé en Pablo. En su forma de escuchar. En cómo nunca desaparecía. En su constante presencia.

—Y luego está Pablo —dije bajando la voz, como si pudiera oírnos desde el pasillo.

Ahí Victoria levantó una ceja. Una sola. La ceja que usa cuando algo importante acaba de entrar en la conversación.

—Ajá.

—No sé qué siento. No sé si es amor, comodidad, refugio…, o simplemente alguien que no me hace dudar de mí misma.

—Eso último ya es bastante revolucionario —sentenció.

—Lola estuvo ayer en casa.

Victoria se detuvo.

—¿Lola la diseñadora o Lola la «no pasa nada; somos familia elegida»?

—Esa misma.

—¿Y?

—Creo que sospecha algo o, peor aún, creo que yo sospecho algo que no sé si realmente existe.

Victoria se apoyó en el respaldo de la silla.

—Déjame adivinar —dijo—. No pasó nada, pero pasó todo.

No respondí.

—Tana —continuó—, te voy a decir una cosa que no te va a gustar.

—Dispara.

—Estás acostumbrada al caos emocional. A la intensidad. A la montaña rusa. Y Pablo no es eso.

—¿Y eso es malo?

—No. Es aterrador cuando nunca te han querido sin marearte antes.

Hubo un silencio que lo decía todo.

—Además —añadió—, Lola no es el problema. El problema es que te preguntas si lo sería. Y eso solo pasa cuando ya estás atrapada.

Me llevé la taza a los labios.

—¿Y si confundo amistad con amor?

—Eso sucede cuando alguien te cuida sin pedir nada a cambio. Lo raro no es confundirlo. Lo raro es encontrarlo.

—No quiero perderlo —admití.

—No lo perderás. Pero quizá tengas que dejar de huir cuando algo no duele.

Nos miramos; ese tipo de mirada entre amigas que no necesita traducción.

—El amor moderno es esto —concluyó Victoria—: personas que aman sin comprender la complejidad de sus propios sentimientos, personas que lo tienen claro, pero prefieren mantener sus opciones abiertas, y presencias intermitentes que solo buscan llenar un hueco, pero sin comprometerse.

—¿Y qué hago yo?

Victoria sonrió, se puso las gafas de sol y se levantó.

—Desayunar, vivir y no forzar nada. Lo que es de verdad no se escapa. No te hace dudar ni te castiga por sentir.



Cuando se fue, me quedé sola en la cocina.

Pensé en Pablo. En Lola. En mí…

Y entendí algo incómodo pero liberador: no me estaba enamorando de un ideal, ni de una promesa, ni de un «a ver qué pasa». Me estaba enamorando de la calma. De esa tranquilidad sin sobresaltos donde no hace falta descifrar mensajes ni medir las palabras. Me enamoré de un refugio, no de un incendio.



En un mundo obsesionado con la intensidad y los juegos de poder, enamorarse de alguien que no te hace dudar es, sencillamente, lo más revolucionario que he hecho nunca. Y eso, en estos tiempos de caos y ansiedad, es el mayor acto de rebeldía.

Cenas sin subtítulos

(O por qué el amor de verdad no necesita traducción)



Pablo estaba en la cocina cuando llegué a casa. Su presencia era un bálsamo. Simplemente estaba allí, con la música baja, un *jazz* suave que envolvía el ambiente y una cebolla a medio cortar sobre la tabla.

Lo vi de espaldas: camiseta, vaqueros desgastados y con los pies descalzos en el suelo frío. Era una escena tan común que quizás fue eso lo que me conmovió. La belleza de lo cotidiano; una señal de que la vida se teje en los detalles más simples.

—Pensé que llegarías más tarde —dijo sin girarse, como si mi presencia fuera parte del ambiente.

—Yo también. —Dejé el bolso sobre la silla, sin colgarlo.

No había prisa por romper el silencio. No hacía falta. Era uno de esos silencios que se sienten cómodos, sin necesidad de explicar nada.

Me apoyé en la encimera mientras él seguía cortando, concentrado. Los trozos de verdura caían en la tabla con un suave golpe, creando un ritmo casi musical. Observé cómo cada movimiento parecía tener un propósito, como si estuviera creando algo más que solo comida; estaba tejiendo un momento compartido. Una calma inusual que empezaba a contagiarme.

—¿Qué haces? —pregunté, más por escuchar su voz que por verdadera curiosidad.

—Lentejas —contestó—. De las que te gustan. Las cremosas.

Sonreí sin darme cuenta. Me senté en el taburete alto y me quedé observándole. Sus manos se movían con seguridad, sin nervios, sin

ese afán por impresionar que había aprendido a detectar con facilidad en otros hombres.

—No te he dicho que hoy estuviera triste —comenté.

Pablo removió despacio y se encogió de hombros.

—No hacía falta —respondió sin dejar de mover la cuchara—. Hoy has cerrado la puerta más lentamente. Esos pequeños gestos, ¿sabes?, son los que hablan.

Lo miré, sorprendida por su intuición; como si acabara de descubrir un idioma nuevo. Era como si pudiera leer mis pensamientos.

La cocina se llenaba de aromas…

En ese momento, la tristeza se desvanecía.

Lo miré con atención.

—¿Te molesta que esté un poco rara últimamente? —pregunté tras un breve silencio—. Siento que tengo un caos interno.

Dejó la cuchara sobre la encimera y se giró hacia mí.

—Me preocuparía más que no lo estuvieras —dijo—. Estás pensando cosas. Encajando piezas. Eso siempre remueve internamente.


JAZZ MASTERS

Asentí despacio.

—A veces tengo la sensación de que, si no estoy confundida, algo va mal —admití—. Como si la calma fuera sospechosa.

Sonrió con esa sonrisa suya, genuina y sin pretensiones.

—Eso es porque te han hecho creer que el amor verdadero debe doler. Que si no sientes esa emoción intensa o vértigo, no hay una verdadera historia.

Me sostuvo la mirada, transmitiendo una serenidad que me permitió ser yo misma.

—Aquí no tienes que demostrar nada, Tana —añadió—. Ni estar bien, ni tenerlo claro, ni convertirte en otra persona.

Tragué saliva.

—¿Y si un día me canso? —pregunté—. ¿O me equivoco? ¿O cambio de idea?

Pablo se acercó a la olla, sirvió las lentejas en dos platos y los llevó a la mesa con la naturalidad de quien no está haciendo algo extraordinario.

—Entonces comeremos otra cosa —respondió—. Y seguimos.

Así. Sin promesas. Sin letra pequeña.

Al pasar junto a mí, su hombro rozó el mío. No fue solo un roce; hubo chispas. Era como si mi cuerpo supiera algo que mi mente aún no podía procesar.

Cenamos inmersos en conversaciones triviales. Hablamos de una serie absurda que habíamos descubierto y nos entusiasmamos con un nuevo restaurante que había abierto a la vuelta de la esquina. Disfrutamos de la vida en su faceta más sencilla, esa que no requiere profundas reflexiones.

En ningún momento mencionamos citas, hombres ni el torbellino emocional que me había acompañado durante semanas.

De repente, levantó la mirada del plato y dijo con tranquilidad:

—Oye…, si en algún momento decides no buscar nada, está bien también.

Sostuve su mirada, reflexionando sobre la profundidad de sus palabras.

—Eso suena sorprendentemente bien —respondí, permitiendo que una sonrisa se dibujara en mi rostro.

—Lo es —dijo con un brillo en la mirada que revelaba su emoción. Luego, se levantó y comenzó a recoger la cocina.

Antes de marcharse a su cuarto, dejó una taza de té caliente junto a mi plato.

—Por si luego te cuesta dormir —comentó con un tono suave.

Asentí. No hizo falta decir gracias.

Y en ese momento comprendí algo esencial:



No me estaba dejando llevar por acciones sorprendentes ni por palabras cautivadoras. Al final, el amor no es una meta a la que llegar exhausta, sino el alivio de no tener que demostrar nada para que alguien decida quedarse exactamente donde estás: a tu lado.

El bufet libre

(O cómo el poliamor puede pillarte desprevenida
con una copa en la mano)



Admito que «poliamor» me parecía una palabra vacía y poco atractiva. Algo que lees en artículos modernos, comentas con una copa de vino y guardas en el cajón mental de «interesante, pero no para mí». Como el yoga aéreo o el ayuno intermitente: muy bien en Instagram, pero dudoso cuando lo practicas sin manual.

Estaba sentada con Victoria en una terraza de Malasaña, de esas con mesas diminutas, sillas incómodas y camareros que te juzgan si tardas más de diez minutos en pedir. Ella llevaba unas gafas de sol enormes y cara de editora cansada del mundo. Yo, un vestido cómodo y una copa de vino blanco que ya iba por la mitad.

—He hecho *match* —le dije enseñándole el móvil.

Victoria se inclinó hacia la pantalla con interés profesional, como si estuviera evaluando una novela inédita.

—A ver —dijo—. Enséñamelo.

Le pasé el móvil.

Era muy atractivo. Su sonrisa iluminaba la pantalla y las fotos estaban cuidadosamente seleccionadas, mostrando una autenticidad que no se ve en todos los perfiles: una en la playa, otra sumergido en un libro y una más con un perro que parecía más dispuesto a conectar emocionalmente que muchos hombres que he conocido. Nada raro, nada alarmante; nada que activara mi radar interno de «huye ahora».

—Este está bien —sentenció Victoria—. Parece majo. Y eso, considerando la edad que tenemos, ya es un buen comienzo: sonrisa

perfecta, fotos en blanco y negro; una en la playa, otra en una librería y, en la última, abrazando a un perro, con mirada profunda, como si comprendiera a Simone de Beauvoir… ¿A qué se dedica?

—«Explorador de identidades y vínculos» —leí en voz alta.

Victoria bebió café. Despacio.

—Eso antes se llamaba «no sé lo que quiero» —dictaminó.

En la bio había más información: «Me gusta conversar. Creo en el respeto y en los vínculos honestos».

—Vínculos honestos… —murmuré—. Qué bien suena eso cuando no sabes lo que significa. ¿Comunicación radical? —pregunté—. ¿Eso incluye responder mensajes o es solo una metáfora?

Victoria sonrió.

—Queda con él. Por ciencia.

Así que quedé.

Cuando apareció, llevaba un *outfit* que llamaba la atención. Me dio dos besos, muy ceremoniosos y calculados, como si estuviera calibrando mi energía.

Nos sentamos y pedimos vino. Hablamos de trabajo, de viajes, de libros. La conversación fluía con naturalidad. Me reí y me relajé sintiéndome a gusto, cómoda.

Pensé: «Vale, quizá no todo está perdido».

Y entonces, como quien advierte de una alergia grave después de haberse comido el postre, lo soltó:

—Antes de continuar —dijo, apoyando los codos en la mesa—, hay algo importante que necesito contarte.

En ese momento, debería haber salido corriendo. Pero no lo hice.

—Dime —respondí dando un sorbo.

—Soy no binario —comenzó—, pansexual, poliamoroso y de género fluido —enumeró.

Parpadeé, tratando de procesar la información.

—Prefiero que hoy me llames él, ella o elle. Voy fluyendo según el día.

Asentí no por comprensión, sino por pura supervivencia.

Me explicó que tenía varios vínculos activos: una expareja con la que convivía por coherencia emocional y otras conexiones en

distintas fases de exploración.

—No creo en las etiquetas —añadió—, pero es importante que entiendas mi identidad.

—Claro —respondí—. Yo tampoco creo en las etiquetas…, salvo en las del vino. Ahí sí soy bastante estricta.

Sonrió, aunque no captó la ironía.

—No lo puse en Tinder porque creo que estas cosas se explican mejor en persona —añadió—. Para no condicionar.

Claro, descubrirlo sentada, con una copa de vino en la mano y con expectativas moderadas, es mucho menos condicionante.

—¿Y tú? —me preguntó—. ¿Cómo te defines?

—Cansada —respondí—. Y bastante monógama cuando me gusta alguien, lo cual ya es un desafío por sí mismo.

—Eso es muy normativo. A veces, el rechazo al poliamor viene del miedo. Deberías revisar tus privilegios afectivos —me acusó.

—Puede —contesté—. Pero tú podrías considerar si realmente tienes espacio emocional en tu agenda para una cita más…, o en el calendario —continué—. Yo ya me agobio organizando una cena con amigas; imagínate gestionando una asamblea afectiva.

—El problema de la monogamia —siguió— es que se basa en la posesión.

—Y el del poliamor —contesté— es que se basa en tener una agenda mejor que la de un ministro.

Se ofendió un poco. No mucho. Lo justo para seguir hablando.

—Tengo tres relaciones estables —explicó—. Dos personas con las que convivo emocionalmente y otra conexión que está creciendo.

—¿Y cuándo descansas? —pregunté levantando una ceja—. Porque, vamos, eso suena a los cuernos de toda la vida.

—El amor no cansa —dijo convencido—. ¿Cuernos? —replicó con una sonrisa pícara—. Por favor, eso es tan anticuado. El amor es un bufet libre, querida. ¿Por qué limitarse a un solo plato cuando hay tanto para probar?

—Ah, sí, el bufet de amor. Muy bien, ¿me incluyes en el menú o solo soy el postre que se deja para el final? Porque, sinceramente, no estoy segura de querer ser la última opción en tu carta.

Solté una carcajada, pero, en el fondo, la inquietud seguía ahí. Aquel bufet parecía más un caos que un festín. Mientras él seguía hablando de amor como si fuera un juego, yo me preguntaba si realmente quería jugar.

Con un suspiro, decidí que tal vez era hora de buscar mi propio menú. Después de todo, nadie merece ser solo un postre.

—Bueno, supongo que deberíamos pagar la cuenta —dije levantándome—. No quiero quedarme atrapada en este bufet por más tiempo.

—Siempre puedes volver —respondió él, guiñando un ojo.

—Quizás, pero solo si hay un plato principal que valga la pena —repliqué, sonriendo mientras me alejaba.

Y mientras pensaba en lo absurdo de todo, me di cuenta de que, al menos, había salido con una anécdota más para contar en la próxima cena con amigas.

Al llegar, lo primero que noté fue el olor: tomate, ajo y albahaca. Pablo estaba en la cocina, descalzo, con una camiseta vieja que había sobrevivido a demasiados lavados y un cucharón de madera en la mano, como si fuera un cetro real que proclamaba su dominio en la cocina.

—Hola —dijo—. Pensé que llegarías más tarde.

—Yo también. —Dejé el bolso en la silla como si pesara más de lo normal, como si contuviera todas mis decisiones cuestionables.

La música sonaba bajita; *jazz*. Siempre *jazz* cuando Pablo cocinaba, como si las notas del saxofón fueran el único argumento necesario para convencerse de que todo iba bien.

—¿Hambre? —preguntó.

—Existencial —contesté.

No se rio; asintió, como si captar mi hambre del alma fuera un plato en su menú del día.

—Pasta —dijo—. De la que te gusta.

La que no pregunta nada.

Me senté en el taburete alto; lo observé remover la salsa con calma. Nada de prisas, nada de nervios. Nada de cuéntamelo todo ya.

—¿Cómo fue la cita? —preguntó al fin, sin mirarme.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—La pasta necesita ocho minutos —dijo—. Y yo tengo paciencia de sobra.

Le conté todo. Pablo escuchó sin interrumpir, sin corregir, sin convertirlo en una lección.

—Atractivo —continué—. Educado. La conversación fluía sin problemas. Todo iba bien, hasta que pidió otra bebida y decidió que era el momento adecuado para contarme que es no binario, pansexual, poliamoroso y de género fluido.

Pablo se detuvo. Me miró. Parpadeó una vez.

—¿Todo eso antes del segundo vino?

—Con el primero aún en la mano.

—Valiente —dijo—. ¿Y tú qué hiciste?

—Asentí —confesé—. Como si hubiera algo más que el mero deseo de salir disparada.

Pablo volvió a remover la salsa.

—¿Te habló de vínculos?

—De vínculos, de fluir, de consensos, de amor consciente… Yo solo quería saber si prefería el vino tinto o blanco.

—Eso ya es una respuesta —sentenció.

—Lo peor —añadí— es que no parecía mala persona. Solo… incompatible con mi sistema nervioso.

Pablo rio por lo bajo.

—Hay gente que necesita tres relaciones para no enfrentarse a una —dijo—. Y gente que no necesita etiquetas para saber cómo quedarse.

No lo dijo mirándome. Y, aun así, me estremeció.

—Me sentí antigua —admití—. Como si no estuviera a la altura de los nuevos tiempos.

—No —corrigió—. Te sentiste honesta, y esto hoy en día parece revolucionario.

Pablo sirvió la pasta. Me puso queso sin preguntar y se sentó frente a mí.

—¿Y qué hiciste?

—Le escuché, le respeté y no le juzgué. Y luego me fui.

—Perfecto —respondió—. Eso es tener criterio sin renunciar a la cortesía. Es raro, pero auténtico.

Comimos en un silencio confortable, uno que abraza en lugar de incomodar.

—¿Sabes qué me dio rabia? —continué—. Que parecía orgulloso de tenerlo todo tan organizado, como si amar fuera un Excel emocional.

—Hay gente que confunde libertad con no responsabilizarse del impacto que genera —dijo—. Y eso, al final, cansa.

Lo miré.

—¿Siempre dices cosas tan sensatas cuando cocinas?

—Solo cuando hago pasta —sonrió—. Las lentejas sacan mi lado más cínico.

Reímos.

—¿Y tú qué buscas ahora? —preguntó con cuidado.

Pensé la respuesta.

—Nada que me haga sentir como si estuviera en una reunión sin saber de qué se habla. Nada que me haga correr tras un tren que no quiero tomar.

Me observó con atención.

—Eso tiene mucho sentido —respondió.

Terminamos de cenar, recogió los platos y me dejó una taza de té delante.

—Gracias.

Me levanté para irme a mi habitación y, antes de entrar, me giré.

—Pablo…

—¿Sí?

—Gracias por escuchar sin juzgarme.

Y, en ese momento, comprendí algo revelador y hermoso a la vez: no estaba cerrada al amor, sino al cansancio disfrazado de evolución.



Si para entenderte tengo que estudiar un máster, no es una cita; es un curso intensivo.

¡NEXT!



El empotrador

(O cómo aprendí que la química sin conversación
es solo fricción)



Después del *runner*, me prometí algo muy serio: no volver a quedar con nadie que llevara mallas ajustadas sin una razón médica de peso.

Duré exactamente veinticuatro horas.

Volví a Tinder con la misma actitud con la que una entra a Zara en rebajas: sin expectativas, pero con una ligera esperanza de que, milagrosamente, una prenda perfecta aparezca entre las ofertas.

Y entonces apareció él.

Acepté la cita por dos motivos muy claros: uno, por curiosidad antropológica; dos, porque llevaba semanas tomando decisiones emocionales peores.

Acabamos en su casa. No voy a entrar en detalles porque no hacen falta. Solo diré que fue un muy buen polvo. De esos que no te cambian la vida, pero te recolocan las vértebras emocionales y te recuerdan que sigues teniendo pulso, cuerpo y ganas. Y eso, amigas, a veces es suficiente.

Soy consciente de lo que supone este momento, y sé perfectamente de qué hablo. Los empotradores nos dan la vida. Y ya era hora de decirlo sin bajar la voz ni mirar alrededor por si alguien se ofende. Porque si esto lo escribiera un hombre sobre una actriz, lo metían directamente en un calabozo sin derecho a fianza.

Pero aquí estamos nosotras. Y hablamos claro.

Dícese del empotrador: persona de género masculino, normalmente de presencia aplastante y silencio bien administrado,

cuya mera visión provoca bajada inmediata de bragas metafóricas, ligero temblor de piernas y un cachondismo que no necesita explicación científica.

El empotrador no promete, no construye. No proyecta. El empotrador aparece, como un susurro en la noche, como una sombra que se desliza sin avisar. Viene y va, dejando una estela de intensidad y desasosiego, recordándote que a veces lo efímero tiene su propio encanto.

Es el «aquí te pillo, aquí te mato» sin subtítulos emocionales. El que te sube a la encimera como si fuera lo más natural del universo, sin promesas ni ataduras, solo pura química.

El que te besa contra la pared del ascensor sin preguntarte por tu pasado.

El que prácticamente te desnuda con la mirada y no te pide que te abras emocionalmente después.

Y ojo, que esto no va de rendirse; va de jugar. Porque los juegos de intercambio de poder están fenomenales siempre que sean eso: juegos de cama.

Nosotras hemos superado demasiados tabús sexuales como para ceder ahora el poder que tanto nos ha costado recuperar. Aquí mandamos nosotras. Que no se te olvide.

El empotrador habla como si hubiera aprendido a ligar viendo *realities*:

«Cuando quiero, voy a fuego». «Yo no soy de medias tintas».

Frases sin sentido, sí.

¿Eficaces? También.

Y yo, que venía de *runners*, veganos iluminados y vínculos con Excel emocional, decidí disfrutar sin traducir, sin analizar y sin convertir aquello en nada más de lo que era: un instante perfecto.

No hubo promesas.

No hubo «mañana hablamos».

Risas y cuerpos se entrelazaron, acompañados de una satisfacción serena al saber que, por fin, no me pedía que fuera una versión diferente de mí misma.

Volví a casa contenta. Sin necesidad de escribirle nada después y con esa sensación de haber hecho algo solo porque sí. Y menos mal

que Pablo no estaba, porque no tenía ninguna intención de justificar una cita que no requería defensa, ni análisis posterior, ni informe emocional adjunto.

Me metí en la cama y llamé a Victoria.

—Ha pasado —le dije.

—¿Empotrador?

—Sí. El empotrador motivacional.

—¿Qué tal?

—Exactamente lo que necesitaba: nada de futuro, sin dramas y una pared que colaboraba. —Victoria se rio al otro lado del teléfono —. A veces, un buen polvo es todo lo que hace falta para resetearse.

Colgué. Me dormí feliz, sin culpa, sin nostalgia, sin preguntas… Porque no todas las citas vienen a enseñarte algo profundo. Algunas vienen a devolverte el humor, tu cuerpo… y las ganas de seguir buscando algo mejor.



A veces, el mejor confidente no es el que escucha tus penas, sino el que te hace olvidarlas contra una pared. Me pasé la vida buscando una conexión espiritual, sin darme cuenta de que mi sistema nervioso solo necesitaba un cortocircuito físico. Porque en un mercado de citas, saturado de responsabilidad afectiva y etiquetas, no hay nada más honesto que un hombre que no quiere tu corazón, sino simplemente recordarte que todavía tienes uno que late con fuerza. No era el hombre de mi vida, pero fue exactamente la noche que necesitaba para recordar que, antes de ser una mujer que piensa, soy una mujer que siente.

¡NEXT!



Rodrigo

(O cómo el pasado siempre tiene wifi
para volver cuando ya no te duele)



Siempre me he preguntado por qué los hombres que más daño hacen tienen un radar infalible para reaparecer justo cuando ya no duelen. No antes, ni durante, sino justo después…, como si el ego tuviera wifi para captar señales.

Lo reflexioné una de esas mañanas serenas, con café en mano, mientras observaba Madrid despertarse desde la ventana del salón. No estaba triste ni eufórica; simplemente estaba tranquila. Y eso, por alguna razón, suele ser una provocación para el universo.

¿Puede un hombre oler la estabilidad ajena y sentirse amenazado por ella? ¿O es que los fantasmas nunca descansan del todo?

Mi móvil vibró sobre la mesa.

Rodrigo

El nombre apareció en la pantalla con la desfachatez de quien cree que el tiempo no ha pasado. Ni por él, ni por mí.

No abrí el mensaje. No hacía falta.

Rodrigo no escribía para saber cómo estaba yo.

Escribía para comprobar si aún podía manipular mis emociones a su antojo.

Lo vi esa misma tarde. ¿Casualidad? Por supuesto que no.

Las mismas casualidades de siempre que nunca dejan de sorprenderme.

Salía del portal cuando me lo encontré apoyado en la farola de enfrente, como si llevara media vida ensayando la escena. Camisa bien planchada y perfume caro. La misma sonrisa que antes confundí con seguridad y que ahora reconocía como control.

—Tana —dijo—. Estás guapísima.

Nunca preguntó cómo estaba. Nunca lo hizo.

—Hola, Rodrigo —respondí—. ¿Qué haces aquí?

—Pasaba por aquí y no pude evitar pensar en ti —contestó con una falta de convicción que no se me escapó.

Mentira número uno.

Y lo peor es que yo también había pensado en él.

—¿Sigues viviendo aquí? —añadió, mirando a su alrededor—. Siempre te gustó esta zona, aunque yo te decía que era ruidosa.

Ahí estaba, el primer ajuste de realidad.

—Me encanta —dije—. Siempre me ha encantado.

Frunció el ceño, como si eso no encajara con la versión de mí que recordaba.

—Sigues llevando ese tipo de vestidos —comentó—. Te favorecen, pero ya sabes que no me gustaban tanto los escotes.

Sonreí. No por amabilidad, sino por sorpresa.

—Rodrigo —dije—, no sabía que hubiéramos quedado para revisar mi vestuario.

Se rio. Esa risa suya que antes me hacía dudar y ahora me daba una pereza infinita.

—No te pongas así. Sabes que yo siempre he querido cuidarte.

«Cuidarte». La frase predilecta de quienes cortan las alas y limitan tu vuelo.

—¿Qué quieres? —pregunté directa.

Suspiró, dramático, como siempre.

—He estado pensando mucho —dijo—. En nosotros. Creo que no debimos dejarlo en ese momento. Tú estabas muy sensible entonces.

Gaslighting de manual, edición bolsillo.

—Yo estaba alerta —respondí—. No sensible.

Eso no le gustó.

—Veo que sigues a la defensiva. Antes no eras así.

—Antes me callaba. Antes no me corregías en cada frase. O quizás sí, pero yo lo confundía con amor.

Se acercó un poco más, invadiendo mi espacio, marcando el terreno.

—Estás exagerando —dijo—. Siempre dramatizas. Te lo he dicho mil veces.

Y ahí, como un *déjà vu* cuidadosamente coreografiado, recordé todas las veces que me hizo dudar de lo que había visto, oído y sentido. Las veces que me dejó días sin responder «para que pensara». Las veces que pedí perdón sin saber muy bien por qué.

—No —respondí tranquila—. Dramatizar sería quedarme. Y no pienso hacerlo.

Me miró como si acabara de romperle el guion.

—Te estás equivocando —insistió—. No vas a encontrar a nadie que te quiera como yo.

—Eso espero —dije—. De verdad.

Me di la vuelta. No corrí. No discutí. No expliqué nada más. Y por primera vez, no sentí culpa.

Subí a casa con el pulso firme y una tristeza familiar, de esas que no duelen, pero agotan.

Al abrir la puerta, el olor a comida me recibió como una bofetada amable.

Pablo estaba en la cocina.

—Te he hecho caldo —dijo—. Del de cuando el mundo aprieta.

No preguntó quién. No preguntó por qué. No hizo ningún comentario ingenioso…

Me senté. Dejé el bolso en el suelo. Me llevé la taza a las manos.

—Ha aparecido —dije.

—Claro —respondió—. Siempre aparecen cuando ya no pintan nada.

Lo miré.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque cuando alguien necesita controlar, no soporta dejar de ser esencial en la vida de los demás.

Hubo un silencio.

—Me ha dicho que exagero. Que antes no era así.

Pablo apoyó los codos en la encimera.

—No te faltó intuición —dijo—. Te sobró educación.

En ese instante, algo se transformó en mí, pero de manera positiva.

—¿Sabes lo peor? —confesé—. Que por un segundo he dudado. No de él, sino de mí.

—Eso es lo que hacen: no te rompen; te anulan, te desestabilizan.

Pablo se sentó frente a mí, acercándose un poco más, como si el espacio se llenara de complicidad entre nosotros.

—Pero mírate ahora —añadió—. Has salido, has regresado y sigues siendo tú.

—Gracias por no decirme «ya te lo dije». —Respiré hondo.

—No hacía falta —sonrió—. Ya lo sabías.

Terminamos el caldo en silencio. Pablo recogió las tazas y me miró con intensidad, como si el mundo se detuviera. Un escalofrío recorrió mi espalda y sentí que toda la tensión entre nosotros se avivaba.

—Mañana hago el desayuno —dijo—. Y seguimos con nuestra conversación.

Asentí.

Pablo apagó la luz de la cocina y yo me quedé un segundo más en silencio, reflexionando.

Quizás el amor no siempre se presenta como un torbellino, sino que a veces se sienta en el sofá, se sirve una copa de vino y simplemente espera a que lo descubramos.



Porque los narcisistas no regresan por amor; regresan para comprobar si aún tienen poder, para ver si el mando a distancia

todavía tiene pilas. Y hoy, por fin, he descubierto que he cambiado de canal.

¡NEXT!



Cuando el pasado huele a flores caras

(Love bombing, versión remasterizada)



Rodrigo reapareció un martes. No un martes cualquiera, sino un martes de esos en los que la casa está demasiado silenciosa y una empieza a pensar más de la cuenta.

El primer aviso fue un mensaje largo. Demasiado largo para alguien que había desaparecido durante meses y sin explicación.

He estado pensando mucho en ti. No he vuelto a conectar con nadie igual. He cambiado.

El segundo aviso fueron las flores.

Rosas blancas, elegantes, caras. Con tarjeta.

Para la única mujer
que de verdad me conoció.

Sonreí con ironía. Y, aun así, sentí ese pinchazo en el estómago. No de amor sino de memoria corporal. Ese recuerdo antiguo que se activa antes de que la mente tenga tiempo de intervenir. El cuerpo evoca antes que la razón, y eso también es una forma de peligro.

Rodrigo siempre sabía aparecer cuando yo estaba tranquila o empezaba a estarlo.

Siempre he creído que el pasado no regresa cuando lo llamas, sino en esos momentos de calma en los que decides olvidarlo.

Entonces aparece… no para quedarse, sino para comprobar si todavía puede acceder a tus heridas.

Rodrigo regresó con algo más sutil: con precisión.

Flores caras, mensajes extensos, frases cuidadosamente elegidas… Todo orquestado para no parecer una amenaza, sino una elegante nostalgia. Como si, por arte de magia, el tiempo hubiera transformado el dolor en algo estéticamente atractivo.

No respondí ni le volví a abrir la puerta. Su presencia había dejado cicatrices que prefería mantener cerradas.

Decidí protegerme antes de caer de nuevo en su trampa.

Las flores se quedaron en el recibidor como un decorado incómodo, recordándome que el pasado, cuando no consigue volver por la puerta grande, lo intenta por la emocional.

Pablo estaba en casa.

Esa noche, mientras él cocinaba con la calma habitual —demasiado habitual—, sentí que el pasado se había colado en casa sin pedir permiso.

—¿Son para ti? —preguntó. Sin juicio. Solo constatando.

—Sí… De Rodrigo… Me han hecho dudar un segundo —admití al fin, apoyada en la encimera.

—¿De él? —preguntó.

—No —respondí—. De mí… No le he contestado —añadí, quizás demasiado rápido.

Pablo siguió cortando. Siempre tenía una forma muy concreta de hacerlo: la carne primero, la fruta después, como si el orden le ayudara a pensar.

No dijo nada. A veces el silencio no es ausencia de respuesta, sino exceso de pensamiento.

—Eso no es culpa tuya —comentó tras un breve silencio—. Cuando alguien conoce tus debilidades, sabe exactamente en dónde herirte.

Asentí.

Y ahí apareció esa sensación extraña, incómoda, casi invisible: la de estar explicándome demasiado.

—No he vuelto con él —añadí.

La frase se quedó flotando en la cocina como un perfume caro que no termina de desaparecer incluso después de abrir las ventanas. Yo hablaba, pero una parte de mí seguía repasando mentalmente la escena de la terraza, las frases medidas, el autocontrol aprendido a golpes, la calma ensayada después de demasiadas tormentas.

Pablo removía algo en la olla. Demasiado despacio.

—No he vuelto con él —repetí, rompiendo el silencio—. Por si lo estás pensando.

No respondió de inmediato. Dejó la cuchara sobre la encimera. El sonido metálico fue seco. Categórico.

—No pienso eso —dijo al fin, pero no me miró. Y, ahí supe que sí lo pensaba.

—Pablo… —empecé.

Entonces, se giró. No había reproche en su cara. Había algo peor: decepción contenida. Miedo. Ese que no exterioriza porque no sabe cómo hacerlo sin romperse.

—Es normal —dijo—. Ha sido importante para ti.

—Lo fue —corregí—. Ya no.

Asintió, como si aceptara la corrección… sin creerla del todo.

—A veces no hace falta volver para seguir estando —añadió—. Hay personas que permanecen en nosotros incluso cuando sabemos que no nos convienen.

Me dolió porque tenía razón. Y porque, por primera vez, no estaba hablando solo de mí.

Di un paso hacia él. No retrocedió. Tampoco avanzó.

—No estoy enamorada de Rodrigo —dije—. Estoy cansada de él.

—No es lo mismo —respondió bajando la voz.

El silencio se tensó. No el incómodo, sino el otro, el que presagia decisiones. Pablo avanzó un paso hacia mí. Todo se volvió nítido. Demasiado nítido. Creí que iba a besarme; mi cuerpo se anticipó a mi mente.

Pero no sucedió.

En su lugar, Pablo extendió el brazo por encima de mi hombro y cogió un paño de cocina. Se secó las manos con una calma medida, como quien toma una decisión crucial sin anunciarlo.

Cenamos en calma, pero no de la misma manera. Las conversaciones fueron correctas, educadas e incluso amables. Sin roces. Sin ironías compartidas. Sin esa complicidad que solía unirnos.

—¿Te molesta? —pregunté al final.

Pablo dejó el cuchillo sobre la tabla.

—No —respondió—. Me inquieta.

No añadió nada más.

Y esa fue la frase que se quedó flotando en la cocina mucho después de apagar la luz. No preguntó si tenía dudas. No insinuó nada. Pero el silencio decía lo que no estaba dispuesto a formular en voz alta: cuando el pasado regresa, aunque no le abras la puerta, siempre deja su huella. Y esa huella es suficiente para hacerte dudar de quien está a tu lado en ese momento.

Esa noche me acosté pensando en algo que nunca había querido admitir del todo: no basta con cerrar una historia para que deje de influir en las siguientes. A veces, el verdadero conflicto no es volver atrás, sino que alguien que empieza a importarte crea que podrías hacerlo.



A veces, el mayor daño que hace un ex no es el que te causó al irse, sino la estela de residuos tóxicos que proyecta su regreso sobre la mirada de quien ahora te cuida de verdad. Porque el pasado no siempre quiere regresar para quedarse; solo quiere comprobar si aún puede desequilibrarte. Y lo más complicado no es cerrarle la puerta, sino convencer a quien está a tu lado de que, aunque el fantasma haya entrado a dejar flores, tú ya no vives en esa casa.

¡NEXT!



Manual de silencio para principiantes

(O por qué echar de menos es el nuevo deporte de riesgo)



Nunca pensé que una despedida pudiera empezar con una frase tan sencilla:

—Me voy unos días —dijo Pablo.

No levantó la voz, no se sentó, no buscó el momento perfecto. Lo soltó así, mientras recogía la encimera, como quien anuncia que se ha acabado la sal o que mañana lloverá.

—¿Cómo? —Parpadeé, sintiendo que mi cerebro hacía cortocircuito.

—Me han invitado a un evento gastronómico fuera de Madrid. Una feria. Debería ir.

No dijo quiero; dijo debería. Ahí lo entendí. No huía de mí. Se protegía.

—Había aprendido a reconocer ese gesto en otros hombres, pero siempre venía acompañado de excusas torpes, de silencios castigadores o de frases grandilocuentes que prometían volver. En Pablo no había nada de eso. No había reproche, no había huida…, solo una retirada limpia, casi elegante. Como si supiera exactamente dónde estaba el límite… y decidiera no cruzarlo para no estropearlo todo.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté.

—No lo sé.

No era verdad, pero era suficiente para que no pudiera agarrarme a nada.

Esa noche compartimos el espacio como dos adultos responsables que saben que algo ha cambiado, pero aún no encuentran las palabras.

A la mañana siguiente, el piso ya no era el mismo: no olía a café, no sonaba *jazz*, la cafetera permanecía intacta, como si nadie tuviera motivos para encenderla. La cocina estaba demasiado ordenada, sospechosamente ordenada.

El silencio era incómodo, como una sombra que se negaba a desaparecer.

Sobre la mesa había una nota:

He dejado comida en el frigo.
Cuídate.

Nada más.

Ni un corazón, ni una broma, ni un «hablamos luego» que dejara una puerta entreabierta.

Me quedé mirando el papel más tiempo del necesario, como si pudiera encontrar entre líneas algo que no se hubiera atrevido a escribir.

Al día siguiente aprendí algo que nadie te advierte: la nostalgia más cruel es la que sientes por alguien que, en realidad, nunca fue tuyo.

Es como tener resaca sin haber probado ni una gota de Chardonnay: te duele todo, pero no tienes ni un solo buen recuerdo al que culpar.

Porque no sabes si tienes derecho a sentirlo. Porque no puedes reclamar nada. Te quedas a solas con un vacío que se instala entre lo que pudo ser y lo que nunca llegará a pasar.

Le escribí.

Respondió de manera correcta; educado, preciso, en su lugar. No había frialdad, pero tampoco calidez. No había distancia, pero tampoco cercanía. Era la medida perfecta para no doler de golpe… y para herir lentamente, cada día un poco más.

Victoria vino una tarde. Se sentó en la cocina, miró alrededor y entendió, antes que yo, lo que había ocurrido.

—Esto no es casual —dijo—. Se ha apartado porque le importas.

—¿Y si se ha alejado porque cree que sigo enamorada de Rodrigo?

Suspiró, sin dramatizar. Como quien ya ha visto esta película.

—Entonces toca demostrarle lo contrario —respondió—. O aceptar que, a veces, la gente se aleja justo cuando empieza a sentir de verdad.

Miré la silla vacía frente a la encimera. La de siempre. La suya. Me sentía como si hubiera caído de unos Manolos de doce centímetros sobre el asfalto: ridícula, dolorida y sin nadie que me ayudara a levantarme.

—El piso no es el mismo —admití—. Ni yo tampoco.

Esa noche me acosté temprano. No por cansancio, sino porque no había nada que hacer despierta. Y, por primera vez en mucho tiempo, la soledad volvió a doler como antes.

No por falta de hombres, sino por falta de Pablo.

Y ahí entendí el verdadero giro de esta historia: no estaba perdiendo a un compañero de piso, ni a un amigo, ni a alguien que me cuidaba bien. Estaba a punto de perder algo que aún no me había permitido nombrar.

Y eso, cuando por fin lo ves claro, es cuando más miedo da.

Pablo: el mapa de los sentimientos invisibles



No se fue de Madrid para huir; eso se repetía mientras conducía. Se fue porque quedarse empezaba a dolerle más de lo que podía fingir.

Fue una retirada estratégica. De esas que haces cuando sabes que, si das un paso más, ya no podrás fingir que no te importa.

La feria gastronómica era en Valencia. Dos días. Tres, como mucho. Un evento interesante, bien organizado, con cocineros hablando de técnicas innovadoras, proveedores defendiendo productos exóticos y copas tan delicadas que era complicado disfrutar del vino sin preocuparse por no romperlas. La rutina habitual.

Pero esta vez todo era distinto. No tenía sentido.

En el hotel dejó la maleta sin deshacer. Encendió la luz, la apagó, se sentó en la cama y sacó el móvil. Lo desbloqueó, lo volvió a bloquear, lo dejó boca abajo sobre la mesilla, como si así pudiera imponerle distancia a lo que sentía.

Pensó en Tana. En cómo dejaba el bolso siempre en la misma silla, como si ese rincón del piso fuera exclusivamente suyo. En cómo caminaba descalza por la casa como si el espacio le perteneciera desde siempre.

En cómo se le suavizaba la voz cuando estaba cansada, aunque intentara disimularlo con ironía, como si admitir el agotamiento fuera una pequeña derrota personal.

No se había enamorado de ella de golpe; eso habría sido sencillo. Se había enamorado despacio, sin avisar, sin querer…, a través de

detalles que parecían insignificantes, pero que son los que te hacen sentir vulnerable.

De saber qué plato preparar cuando ella no decía nada, pero cerraba la puerta un poco más despacio de lo habitual.

De reconocer el sonido exacto de sus pasos cuando algo la inquietaba.

De no necesitar preguntarle si estaba bien porque ya lo intuía.

Y ahí estaba el dilema. Porque cuando alguien empieza a importarte de esa manera, ya no hay vuelta atrás. Ya no puedes esconder lo que sientes. Ya no hay manera de retroceder sin que cause dolor.

Lola lo llamó esa noche.

—Ya estás fuera, ¿verdad? —preguntó—. Se nota.

—¿El qué? —respondió él, con los ojos cerrados.

—Cuando te marchas sin decir nada.

Se quedó callado un instante.

Lola siempre había tenido ese don incómodo: decir lo que otros tardaban semanas en admitir.

—¿Te has ido por ella? —insistió.

Pablo apoyó la cabeza contra la pared.

—No… Me he ido por mí.

—Eso es peor —contestó Lola—. Significa que ya no hay vuelta atrás.

No discutió. No tenía energía para hacerlo.

—¿Crees que sigue colgada de Rodrigo? —preguntó al cabo de un rato, bajando la voz, como si temiera que alguien pudiera oírle.

Lola tardó unos segundos en responder.

—Creo que Tana ha aprendido a no dejarse llevar —dijo—. Pero tú no tienes paciencia para ver qué pasa.

—No —admitió—. Porque cuando quiero, quiero de verdad. Y eso me hace vulnerable.

Pablo sonrió sin humor.

Lola sonrió con un suspiro de ternura.

Él lo sabía. Él la conocía lo suficiente para imaginar su expresión.

—¿Desde cuándo te da miedo eso?

—Desde que no quiero estropearlo.

Colgó. La incertidumbre lo envolvía como una niebla densa, y se preguntó si realmente había tomado la decisión correcta.

En la feria habló de cocina con pasión mecánica.

Respondió preguntas, probó ingredientes, explicó procesos, probó sabores, sonrió cuando tocaba. Todo estaba en su sitio… menos él. Porque su cabeza no estaba ahí…

Estaba en la cocina de casa, apoyado en la encimera, con Tana sentada en el taburete, observándole las manos mientras cocinaba, como si en ese gesto hubiera algo hipnótico, algo que prometía hogar sin decirlo. Era un momento cotidiano, pero lleno de significado; el aroma de las especias llenaba el aire y, por un instante, todo lo demás desaparecía.

Estaba en ese casi beso que no ocurrió. En esa pausa demasiado larga. En ese segundo exacto en el que decidió no cruzar la línea.

Entonces, entendió algo que le dolió aceptar: no se había apartado porque dudara de ella. Se había apartado porque dudaba de sí mismo.

Porque sabía que, si se quedaba, si dejaba de fingir distancia, ya no habría vuelta atrás.

La última noche, antes de dormir, volvió a coger el móvil.

Escribió:

Espero que estés bien.

Nada más.

No porque no tuviera cosas que decir, sino porque no quería decirlas mal, ni a destiempo, ni desde el miedo.

Apagó el móvil. Y por primera vez en mucho tiempo, deseó algo con una intensidad que no recordaba: que alguien le echara de menos tanto como él estaba echando de menos a alguien.

Sin saberlo aún, ya había perdido el control.

Y también, sin saberlo, ya había elegido…

El hombre que no había superado a su ex

(O cómo detectar una red flag antes del segundo vino)



Hubo un tiempo —no muy lejano— en el que pensé que las citas eran una buena manera de distraerme del vacío que se había instalado en casa. No del silencio incómodo, sino del otro, el más peligroso: ese que aparece cuando alguien que solía estar empieza a desvanecerse. Las risas y las charlas se convirtieron en ecos lejanos, reemplazados por un murmullo sordo que resonaba en mi mente.

Las citas, con sus promesas de nuevas conexiones, eran solo un intento de llenar ese espacio, pero nunca lograban borrar la sensación de que algo faltaba.

Pablo seguía ahí, claro; educado, correcto y amable. Pero algo había cambiado desde que volvió de su viaje. Ya no cocinaba con música como solía hacerlo, ni mostraba el mismo interés por lo que sucedía en mi vida. Su presencia ya no llenaba el espacio como antes. Ahora era más distante, como si una parte de él hubiera quedado atrapada en otro lugar.

Y yo, en lugar de enfrentar esa realidad, opté por lo que haría cualquier mujer moderna, emocionalmente funcional y un poco cobarde: abrí Tinder.

Siempre he pensado que una primera cita es como un tráiler mal editado: en quince minutos ya sabes si quieres ver la película completa… o salir del cine antes de que empiece el drama.

Quedé con él un jueves por la noche. Día peligroso para conocer a alguien, porque una todavía conserva energía laboral y cierta fe en

la humanidad. El restaurante lo eligió él. «Le encantaba a mi ex», dijo al llegar, sin saber que acababa de plantar la primera *red flag* en mitad de la mesa, grande, ondeante y visible desde la barra.

No le di importancia. Error número uno.

Se llamaba Martín. Era atractivo y correcto; demasiado correcto. De esos hombres que se sientan rectos, miran poco alrededor y parecen haber venido a pasar una auditoría emocional en lugar de a conocerte.

Pedimos vino. Yo blanco. Él tinto. «A mi ex le gustaba más el blanco, pero yo prefiero el tinto», añadió, como si alguien le hubiera preguntado.

Yo no lo había hecho.

Al principio pensé que era una mención anecdótica. Todos tenemos pasado. Todos hemos amado mal. Todos hemos tenido un ex que nos dejó algo torcidos. Pero a los cinco minutos, la ex ya no era pasado. Era presente continuo.

—Es que ella estaba fatal —dijo—. Muy intensa. Muy celosa. Muy… complicada.

Complicada. Esa palabra comodín que muchos hombres usan cuando no quieren decir «no supe gestionarlo» o «me beneficié del caos mientras me convenía».

Asentí con educación… Mi cabeza empezaba a tomar notas.

—Siempre montaba escenitas —continuó—. Cualquier cosa era un problema. Yo solo quería tranquilidad.

Ahí ya vi venir el giro. El clásico. Él, pobre hombre sensato. Ella, loca oficial certificada por el Ministerio de Exnovias Desquiciadas.

—¿Y tú qué hiciste? —pregunté. Por ciencia. Por pura antropología emocional.

—Aguantar —respondió con orgullo—. Yo he aguantado mucho.

Segunda *red flag*: el hombre que presume de aguantar relaciones como si fueran una prueba de resistencia. Nunca hablan de amar, cuidar o elegir. Solo de resistir. Como si el amor fuera una guerra y ellos, héroes incomprendidos.

Pidió otro vino. Sin preguntarme. Como si yo ya formara parte del mobiliario.

—Además —añadió—, siempre estaba comparando. Nada le parecía suficiente. Yo creo que tenía un problema serio.

Claro. Porque cuando algo no funciona, siempre es diagnóstico ajeno. Jamás revisión propia.

Mientras hablaba, yo dejé de escuchar palabras y empecé a escuchar patrones. Ese tono condescendiente. Esa necesidad de dejar claro que él era «el bueno». Esa narrativa pulida en la que el conflicto siempre tiene cara de mujer histérica y voz masculina razonable.

—¿Sabes qué es lo peor? —dijo inclinándose hacia mí—. Que al final me dejó ella. Después de todo lo que hice.

Ahí estaba. El resentimiento. Vivo. Respirando. Sentado entre el pan y el aceite.

—Lo siento —dije, porque soy educada—. ¿Hace mucho?

—Un año —respondió—. Aunque bueno…, seguimos hablando a veces. Ya sabes. Ella no está bien.

Claro que no está bien. Nunca lo está cuando él sigue necesitándola para sentirse válido.

A esas alturas ya no era una cita. Era una sesión de terapia gratuita con copa incluida. Yo no estaba conociendo a un hombre. Estaba conociendo el fantasma de su ex, sentado en mi silla, pidiendo postre emocional.

—Tú eres diferente —añadió—. Mucho más tranquila. No como ella.

Y ahí entendí que el cumplido era, en realidad, una advertencia. Porque cuando alguien necesita que seas «no como su ex», lo que te está pidiendo es que ocupes un lugar que todavía no está libre.

Pagamos. Caminamos hacia la salida. Y entonces sucedió. Al salir del restaurante, en la acera, se enganchó con una guirnalda de luces mal colocada. Tropezó, dio un pequeño salto. Se quedó rígido, con los brazos levantados, haciendo algo parecido al baile del robot… versión Shakira en crisis.

—¡Joder! —gritó—. ¡Qué corriente más rara!

Lo miré, parpadeé y pensé, con una claridad casi espiritual: «Ahora sí transmite buena vibración».

Me reí. No de él. De la situación. Porque a veces el universo no manda señales sutiles. A veces electrocuta ligeramente a los hombres emocionalmente no disponibles para que lo veas claro.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí, sí —dijo—. Es que estas cosas me ponen nervioso. A mi ex también le pasaba.

Nos despedimos con dos besos educados, de esos que no dejan huella ni ganas de repetir. Caminé hacia casa con una sensación familiar: alivio.

Porque no hay nada más liberador que detectar una *red flag* a tiempo y no intentar convencerte de que es solo decoración.



A veces, el mayor peligro de una cita no es que el hombre sea un desastre, sino que venga acompañado de un fantasma que no paga su parte de la cuenta. Me pasé la noche escuchando el diagnóstico de una «ex loca», sin entender que, en el código penal del amor, cuando alguien te vende a su pasado como una villana es porque él todavía no ha aprendido a ser el héroe de su propio presente. Porque si en una primera cita te usa como contraste para su tranquilidad, no quiere conocerte; quiere un analgésico. Y yo ya no estoy para curar resacas ajenas, y mucho menos si el vino ni siquiera lo he elegido yo. Y si te vende a su ex como «loca», ¡prepárate!: en su próxima historia, la loca serás tú.

¡NEXT!



El efecto cosmopolitan



Aquella noche, el aire de Madrid tenía un sabor distinto, como si alguien hubiera agitado la ciudad con un poco de hielo y una rodaja de lima. Las terrazas estaban llenas, las luces colgaban como promesas baratas y todo el mundo parecía tener un plan. Yo no. O eso creía…

Me lo encontré en una terraza donde la música estaba en ese punto exacto en el que puedes fingir que no oyes lo que no te interesa, pero sí lo que te conviene.

De pronto, escuché su risa.

Y Dios…, ¡qué risa!

Fue él quien se acercó. Yo estaba apoyada en la barra, con la mirada perdida en el fondo de mi copa, como si buscara las respuestas al sentido de la vida, o al menos una explicación lógica a por qué mi cabeza seguía siendo un laberinto sin salida de «y si…».

Con esa actitud de quien no espera nada, pero se siente atrapada en sus pensamientos. Noté su presencia antes de verle del todo, como si mi subconsciente tuviera un sistema de alerta.

—Perdona… —dijo, con una media sonrisa que reflejaba una mezcla de nostalgia y curiosidad—. ¿Tana?

Tardé un instante, un momento breve, suficiente para que el pasado hiciera su trabajo.

—No puede ser… —respondí—. ¿Daniel?

Me quedé ahí, con la copa en la mano y cara de no entender nada. Hacía un siglo que no sabía de él, desde el instituto. Cuando la vida era básicamente intentar no suspender y que no se notara que te

gustaba alguien. Verlo ahí plantado, después de tanto tiempo, era lo último que necesitaba mi noche.

Nos miramos un segundo más de la cuenta. Ese segundo incómodo en el que estás recolocando recuerdos en una cara que ya no es la misma, pero en la que, de pronto, todo vuelve a encajar sin pedir permiso.

—El mismo —dijo—. El del fondo de clase. El que no estudiaba, pero aprobaba.

No pude contener la risa.

—El que siempre me copiaba en los exámenes.

—Eso es mentira —replicó—. Yo te observaba, que es distinto.

Ahí estaba; el primer aviso, pero sonaba bien, demasiado bien.

Daniel no era un desconocido. Era un recuerdo. Un amor suspendido en el tiempo, de esos que nunca llegan a pasar, pero tampoco desaparecen del todo.

En el instituto no ocurrió nada. No hubo una historia como tal, solo intercambio de miradas en los pasillos, conversaciones a medias y esa sensación incómoda de que algo podría haber sido… si alguno de los dos hubiera dado un paso más.

No lo dimos.

Y la vida, como suele hacer, se encargó de llenarlo todo con otras historias, otras personas y otras decisiones.

Nos sentamos. La conversación comenzó con recuerdos, pero no tardó en volverse extrañamente emotiva. Hablamos de quiénes fuimos, de quiénes creíamos ser ahora y de todo lo que se había quedado sin decir entonces.

Fue una sorpresa totalmente inesperada, un instante afectuoso, sin presiones ni malestar. Ambos sabíamos que encontrarnos así después de tantos años no era casualidad, aunque ninguno se atrevía a decirlo en voz alta. Ambos sabíamos que encontrarnos así después de tantos años no era casualidad, aunque ninguno se atrevía a decirlo en voz alta.

—Siempre me pregunté qué habría pasado si… —dijo, sin terminar la frase.

—Yo también —respondí.

Y en ese momento entendí que no estábamos empezando de cero. Estábamos retomando aquella relación adolescente cargada de ilusión y deseo.

Pedí un cosmopolitan. Yo, que normalmente pediría vino. Porque, aparentemente, cuando aparece alguien de tu pasado, también aparece una versión de ti que toma decisiones cuestionables. No era mi bebida habitual, pero había algo en la situación que pedía un gesto distinto, como si el momento necesitara una versión más atrevida de mí misma.

Daniel me miraba con una atención que no era impostada. No interrumpía, no se adelantaba, no intentaba dirigir la conversación: escuchaba. Y eso, engancha más que cualquier bebida con nombre sofisticado.

—Sigues mordiéndote el labio cuando algo te importa —dijo de pronto.

—¿El qué?

—Eso —sonrió—. Como si guardaras un secreto que no estás segura de querer contar.

Bajé la mirada un segundo, pero no para esconderme. Más bien, para aferrarme a ese momento y evitar que se esfumara.

—Siempre me gustaste —dijo. Sin elevar la voz. Con naturalidad. Sin refugiarse en el alcohol o en la nostalgia. Lo dijo como si fuera una verdad que llevaba tiempo en su mente, como quien llega a una conclusión evidente.

—Llegas un poco tarde. —Parpadeé, intentando mantener la calma.

—O a lo mejor justo a tiempo. Cuando tenía que ser.

—Eso suena muy bien.

—Siempre me gustaste —afirmó.

Lo soltó así, sin adornos. Me quedé en silencio, procesando la confesión mientras lo observaba. En aquel entonces, él era un inmaduro que no sabía gestionar lo que sentía, y yo una experta en leer entre líneas lo que él no se atrevía a decir. Quizá por eso no fue una sorpresa, sino una confirmación que simplemente había tardado

demasiado en llegar. Quizá porque en el fondo siempre lo supe o porque hay cosas que no necesitan confirmación, solo tiempo.

La conversación siguió fluyendo con la facilidad de un taxi bajando la Castellana a las tres de la mañana: sin semáforos en rojo, sin frenazos…, pura velocidad. Pero esta vez no era solo química. Era reconocimiento. Era esa sensación extraña de hablar con alguien que, en cierto modo, ya conocía.

Y eso desarma.

Cuando me acompañó al portal, el ambiente estaba cargado de complicidad. No había lugar para el silencio incómodo; todo lo contrario: había una confianza palpable, como si nunca nos hubiéramos separado.

Se acercó lentamente, como si el tiempo se hubiera detenido solo para nosotros, y me besó. El beso no fue impulsivo; fue inevitable. Sus labios encontraron los míos con una pasión que lo incendió todo, desatando un torrente de emociones que había estado dormido en lo más profundo de nuestros corazones.

Fue un contacto ardiente, electrizante, donde cada roce hablaba de un deseo reprimido y de un amor que nunca se extinguió. En ese instante, el mundo se desdibujó y solo existimos nosotros, atrapados en la magia de un reencuentro que prometía más de lo que habíamos soñado.

No hubo pausa. No hubo ese tanteo torpe de las primeras veces. Fue un punto y seguido.

—Mañana te escribo —susurró.

Y esa vez no sonó a frase calculada. Sonó a algo pendiente que, por fin, había encontrado el momento de empezar.

Fue una promesa sin estrategias ni escudos, lanzada al aire con la seguridad de quien ya no tiene miedo a mostrarse.

Nos quedamos ahí un segundo más, dejando que el eco de sus palabras terminara de sellar lo que el beso ya había confesado: que el tiempo, por mucho que lo intentó, no pudo separarnos.

Subí a casa flotando, con los tacones en la mano y una sonrisa que no me cabía en la cara. Me miré en el espejo del ascensor como si necesitara confirmar que seguía siendo yo.

Y lo entendí.

No era ilusión.

Muchas veces, el pasado no vuelve para pedirte cuentas, sino para demostrarte que hay incendios que ni diez años de lluvia logran apagar. Me he pasado la vida intentando ser una adulta funcional con un fondo de armario emocional impecable, sin entender que un beso de instituto a los treinta y tantos tiene el poder de mandarlo todo a la sección de saldos. Porque cuando alguien que te «observaba» en clase reaparece para mirarte de verdad, no solo te devuelve la ilusión; también la sensación de que, quizás, algunas piezas solo necesitaban tiempo para encajar.

Y cuando algo encaja…, una baja la guardia.

Notificaciones, dopamina y el arte de no saber qué elegir



Desperté con esa sensación incómoda de no saber exactamente en qué momento había bajado la guardia. No era resaca —al menos no de las que se curan con café—; era algo más sutil, más peligroso. Como cuando te das cuenta de que has empezado a creer en algo sin haberlo decidido del todo.

Abrí los ojos despacio, con la luz colándose entre las cortinas y esa calma engañosa que solo tienen los días que empiezan bien… y prometen complicarse. Durante unos segundos no pensé en nada, y después, sin previo aviso, pensé en él.

En Daniel.

Y casi al mismo tiempo, como si mi cabeza se negara a simplificar la historia, apareció otro nombre que no había invitado, pero que nunca terminaba de irse del todo.

Pablo.

Ahí estaba el verdadero conflicto…

Daniel era impulso, recuerdo, una historia que no llegó a ser y que, de pronto, pedía su sitio con una naturalidad desconcertante.

Pero Pablo…

Pablo era hogar. Era esa forma de cuidarme sin invadir, de entenderme sin preguntar, de saber lo que pensaba incluso cuando yo no decía nada en voz alta. Con Pablo no había juicio, había calma. Era ese lugar al que siempre volvía. Era mi refugio.

Me quedé unos segundos mirando el techo, como si en él pudiera encontrar algún tipo de respuesta lógica, pero no la había. Lo único

que tenía era el móvil en la mesilla y la certeza de que, al encenderlo, algo iba a empezar.

Lo cogí despacio, casi con cuidado, como si abrir esa pantalla fuera a confirmar algo que todavía no estaba preparada para asumir.

Un mensaje.

Daniel

Buenos días. Sigo pensando en anoche… y en todo lo que no dijimos.

Lo leí sin prisa, dejando que cada palabra hiciera su efecto. Había algo en ese tipo de mensajes que no era solo bonito; era envolvente, directo al punto exacto donde una baja la guardia sin darse cuenta.

Antes de poder responder, llegó otro.

Por cierto, confirmo: siempre fuiste mi debilidad.

Escribiendo…

Y no me mires así, que sé que ahora mismo estás sonriendo.

Ayer estabas guapísima. Y sí…, sigues teniendo ese punto que me vuelve loco.

Tragué saliva.

Escribiendo…

Ayer estabas guapísima… y muy sexy. No voy a disimular.

Vale. Aquí ya no era solo nostalgia.

Escribiendo…

Y tienes algo… que no se me va de la cabeza.

Escribiendo…

No sé si fue el cosmopolitan o tú, pero tengo claro que quiero repetir.

Solté aire despacio, apoyando el móvil sobre la cama como si así pudiera bajar la intensidad de lo que acababa de leer.

No funcionó.

Porque justo cuando crees que ya está…

Escribiendo…

Y esta vez no pienso dejar nada a medias.

Ahí, directo y sin pedir permiso.

El móvil vibró de nuevo, devolviéndome a la realidad.

Daniel insistía, con ese tono irónico que se vuelve encantador antes de que haya tiempo para cuestionarlo. Había algo en su forma de escribir que medía a la perfección la distancia entre el interés real y el juego. Sabía exactamente qué decir en cada momento.

Sus mensajes no parecían impulsivos, sino algo más calculado, más consciente de lo que implicaba seguir alimentando esa conversación.

Él respondía casi al instante, con esa rapidez que delata atención, pero también cierta urgencia. Y, sin darme cuenta, entramos en ese intercambio ágil, con ese punto de sarcasmo que engancha más de lo que debería.

Y justo cuando empezaba a dejarme llevar, el móvil volvió a vibrar.

Pero esta vez no era Daniel.

Era Pablo.

Solo había escrito para preguntarme cómo estaba. Nada más. Sin emojis. Sin frases pensadas. Sin estrategia. Pablo no necesitaba adornar nada. Y eso desarmaba aún más.

Me incorporé un poco en la cama, como si ese simple mensaje tuviera peso propio.

Contesté.

Bien. ¿Y tú?

La respuesta no tardó.

Echo de menos nuestras charlas y los momentos que compartíamos.

Ese mensaje tenía más peso que todos los anteriores.

Me incorporé ligeramente en la cama, releyéndolo, sintiendo que cada palabra resonaba en mí. Era como si, de repente, todo lo que habíamos compartido cobrara un nuevo sentido. La incertidumbre y la emoción se entrelazaban, y no pude evitar preguntarme qué significaba realmente. ¿Era este el momento de dar un paso más?

No sabía qué hacer. La duda me invadía. ¿Estaba realmente lista para abrirme a algo nuevo o seguía aferrada a lo que había tenido con Pablo?

Sentí ese leve nudo en el pecho que aparece cuando dos realidades empiezan a cruzarse sin previo aviso. Porque mientras uno jugaba a seducir…, el otro simplemente estaba. Y eso también compite.

El móvil volvió a vibrar.

Daniel otra vez.

Voy a asumir que sigues dormida o que estás haciéndote la interesante. En ambos casos, me parece bien.

Solté una risotada.

Tecleé…

No me hago la interesante. Me hago la prudente.

Tardó exactamente lo que tarda alguien que está mirando la pantalla esperando tu respuesta.

Entonces, voy a tener que esforzarme más.

—Claro que sí —murmuré para mí—. Esfuerzo nivel básico: escribir mensajes con encanto a las ocho de la mañana.

Con una mezcla de nervios y anticipación, me preparé para responder, sabiendo que ese intercambio podría cambiarlo todo.

He aprendido que el dilema no es elegir entre dos hombres, sino decidir qué tipo de mujer quieres ser hoy: la que se lanza al vacío por un mensaje incendiario o la que prefiere refugiarse en una sola palabra que no necesita adornos para recordarte dónde perteneces.

Me pasé la mañana reflexionando sobre las dos notificaciones. A medida que Daniel lanzaba fuegos artificiales para deslumbrarme, Pablo estaba encendiendo una luz para que supiera volver a casa. Porque en la era de la gratificación instantánea, lo realmente adictivo no es quien te escribe diez mensajes seguidos para recordarte lo sexi que eres, sino quien te envía uno solo para recordarte que, sin ti, tu ausencia pesa demasiado.

Intuición no negociable



La vida se parece a un juego de ajedrez: cada movimiento puede cambiarlo todo.

Hay una diferencia muy clara entre la intensidad y la calma, aunque una siempre se da cuenta tarde. Cuando ya está metida hasta el cuello.

Esa mañana, mientras el café se enfriaba sobre la encimera —porque mi cabeza estaba en otra parte—, entendí que no estaba eligiendo entre dos hombres, sino entre dos formas de sentir.

En realidad, no estaba eligiendo entre dos opciones, porque una ya la tenía clara y la otra venía a desordenarlo todo.

Mi intuición me decía que esto no admitía negociación: o me lanzaba al vacío con la adrenalina de lo nuevo o volvía a lo que mi corazón, a pesar de todo, se negaba a soltar.

Daniel seguía ahí, instalado en el móvil, con esa facilidad con la que algunos consiguen hacerse un hueco en tu vida sin que te dé tiempo a decidir si quieres dárselo. Y claro, ahí es donde una debería frenar. Pero no. Porque primero sonríes, luego dudas… y luego ya, si eso, analizas.

Y fue justo en ese punto —en ese segundo incómodo entre el «qué bonito» y el «esto no me cuadra»— cuando algo se me removió por dentro.

No fue nada dramático ni exagerado. Fue algo mucho más sutil, más incómodo: esa sensación de que todo encaja demasiado bien y que, precisamente por eso, deja de parecer casual.

Recordé a Victoria, sus teorías, su capacidad casi irritante para ver venir lo que yo prefería ignorar. «Cuando alguien llega tan fuerte…

casi siempre no viene solo». Y claro, en su momento asentí con cara de mujer madura que ha aprendido de la vida, pero luego llega Daniel, te dice dos cosas bonitas y se te olvida hasta tu propio nombre.

Durante el resto del día, Daniel estuvo ahí, aunque su presencia era más un espejismo que una realidad. Un mensaje, luego otro, pero nada era igual. Las respuestas tardaban más, el tono se enfriaba, y esa intensidad inicial empezaba a desvanecerse con la misma rapidez con la que había aparecido. No me sorprendió: cuando alguien comienza con demasiada intensidad, rara vez sabe cómo sostener el ritmo.

Apoyé el móvil sobre la encimera, lo miré un segundo —como si fuera a decirme algo más inteligente de lo que ya sabía— y abrí la conversación de Pablo.

Ahí cambió todo.

Porque con Pablo no había que construir nada desde cero. No había fuegos artificiales ni frases que parecieran sacadas de una película, pero tampoco me hacía dudar. Con él todo era más sencillo, más claro, más… verdad. No necesitaba impresionar ni aparecer constantemente para estar presente, y quizá por eso, precisamente por eso, nunca me había hecho sentir insegura.

Y mientras tanto, Daniel empezó a deslizarse por esa pendiente que al principio parece divertida… hasta que deja de serlo. Los mensajes seguían llegando, sí, pero ya no eran exactamente los mismos: habían aparecido los emojis de fuego —siempre mala señal—, algún comentario ligeramente subido de tono disfrazado de broma y, entre línea y línea, pequeñas pinceladas de su vida que no terminaban de encajar del todo.

Nada evidente, nada que pudieras señalar con el dedo y decir «aquí está», pero suficiente como para que algo no cuadrara. Suficiente como para que mi cabeza, que a veces llega tarde, pero cuando llega no falla, empezara a atar cabos con esa calma sospechosa que solo aparece cuando ya has visto esa película antes.

Fue ahí cuando lo vi claro: no era intuición, era experiencia. Lo había «cazado»… no en una mentira concreta ni en un fallo

evidente, sino en algo mucho más revelador: en la incoherencia. En ese pequeño desajuste entre lo que decía, cómo lo decía… y lo que realmente yo sabía que había detrás: una mujer que lo esperaba en casa. Curiosamente, no sentí decepción, sentí tranquilidad, porque esta vez no iba a quedarme a comprobarlo.

Le contesté a Pablo y supe, sin necesidad de pensarlo demasiado, que no había sido un impulso ni un arrebato, ni siquiera una debilidad momentánea. Fue una decisión.

Elegir a Pablo no era una opción que despertara en mí duda o incertidumbre, sino una elección consciente: la de quien se queda incluso cuando todo se complica; la de alguien que no necesitaba impresionarme porque nunca me había hecho sentir pequeña.

Durante el resto del día Daniel permaneció presente, como si aún mantuviera una fachada. Un mensaje, luego otro, pero la frecuencia de sus mensajes comenzó a disminuir, y la distancia entre nosotros se hacía palpable.

Las respuestas tardaban más, el tono cambiaba, esa intensidad inicial empezaba a diluirse con la misma facilidad con la que había aparecido. Sinceramente, no me sorprendió; cuando alguien comienza demasiado fuerte, lo normal es que no sepa sostenerse.

Y entonces, sucedió: sin aviso, sin cierre, sin ese mínimo gesto de educación emocional: el silencio. Ese silencio moderno que es el nuevo arte del *ghosting*. No hubo un «lo siento» ni un «no eres tú, soy yo». Solo un vacío que se siente como una conversación interrumpida, donde el otro ha decidido desconectarse sin aviso.

Es un silencio que, en lugar de cerrar la puerta, deja la ventana abierta, prometiendo un regreso que nunca llega. Ese silencio moderno, elegante en apariencia, pero profundamente cobarde en el fondo. Un silencio que no dice nada, pero que, en realidad, lo grita todo.

Miré la pantalla un par de veces no por esperanza, sino por pura costumbre. Porque, seamos honestas, ya lo sabía.

Y contra todo pronóstico, no dolió. No como antes. No hubo esa ansiedad que te hace revisar el móvil cada dos minutos.

No había preguntas sin respuesta, solo una sensación extraña y liberadora: alivio.

No era la primera vez que enfrentaba este patrón, pero sí era la primera vez que decidía no quedarme a ver cómo terminaba.

Quizás el amor moderno no se trata de encontrar a alguien que no se vaya, sino de aprender a irse una misma antes de que el silencio se vuelva ensordecedor.

En esa revelación, encontré mi propia libertad.

Sonreí no por Daniel, sino por mí. Por haber llegado a tiempo, por no haber confundido intensidad con interés ni palabras bonitas con intención real.

Por haber entendido que no todo lo que empieza fuerte merece quedarse.

La mayor revelación no es encontrar el hilo rojo, sino descubrir que ya no te conformas con cualquier simulacro de incendio. Y cuando los mensajes dejan de llegar, te sorprende que ya no te dé miedo que se vayan los que solo venían de paso. En el mercado de saldos de las intensidades de un solo uso, lo realmente revolucionario no es que alguien te acelere el pulso con tres emojis de fuego, sino que tú decidas que ya no tienes edad para jugar al escondite. Y es que la verdadera victoria no es que él se quede, sino que tú, por fin, hayas aprendido a elegirte a ti misma.

Cogí el móvil, abrí la conversación de Pablo, y ahí seguía, sin desaparecer, sin hacer ruido, sin juegos… Y por primera vez en mucho tiempo, tuve una certeza que no necesitaba validación externa: no estaba perdiendo nada…

Estaba eligiendo bien.

Cervezas frías
y verdades a quemarropa



Victoria supo que algo no iba bien antes de que él dijera una sola palabra.

Hay hombres que llenan el silencio con explicaciones, y otros que, cuando algo les importa de verdad, llegan sin saber muy bien por dónde empezar. Pablo siempre había sido de los segundos.

No hacía falta que dijera nada todavía. Bastaba con la forma en la que estaba sentado en la mesa del fondo de su restaurante, con el vaso intacto delante y la mirada fija en la barra, como si llevara un rato allí, no esperando a que llegaran ellas, sino reuniendo el valor suficiente para empezar.

Victoria fue la primera en aparecer. Lo vio antes de que él levantara la cabeza. Durante un segundo se quedó observándolo desde la puerta, valorando la escena con esa mezcla suya de intuición y escepticismo. Al final se acercó despacio, dejó el bolso en la silla de enfrente y se sentó sin quitarse del todo el abrigo.

—No me lo esperaba —dijo.

Pablo alzó la vista y esbozó una media sonrisa contenida.

—Yo tampoco esperaba verme aquí.

Victoria apoyó los codos en la mesa.

—Eso significa que algo no ha salido como pensabas.

Él exhaló despacio.

—Sí.

No añadió nada más.

Precisamente por eso Victoria entendió que no estaba ante uno de esos hombres que llegan con una excusa preparada. Pablo no estaba allí para quedar bien. Estaba allí porque Tana le importaba lo suficiente como para dejar de protegerse de sí mismo.

—Vale —dijo ella—. Habla.

Pablo bajó la mirada un instante, recorrió con el pulgar el borde del vaso y, antes de contestar, se llevó la mano a la nuca en un gesto tan suyo que decía más que cualquier frase.

—Me fui cuando tenía que haberme quedado.

Victoria no suavizó el gesto, pero tampoco lo juzgó.

—Eso ya lo sabemos.

—Ya —admitió él—. Lo que no sabéis es por qué.

En ese momento, Lola apareció atravesando el comedor con el abrigo abierto y el teléfono todavía en la mano, como si hubiera salido de casa a toda prisa.

—Más os vale que esto sea importante —dijo mientras se sentaba —, porque he dejado la serie en el mejor momento.

Victoria giró la cabeza.

— Lo es.

Lola miró a Pablo y su expresión cambió lo justo para entender que aquello no era una simple charla.

—¿Qué pasa? —preguntó Lola, bajando la voz al notar la gravedad en el ambiente.

Pablo las miró a las dos. A Victoria, que conocía a Tana mejor que nadie, y a Lola, que lo conocía a él lo suficiente como para saber que ya no podía seguir fingiendo. Dudó un segundo, lo justo para encontrar las palabras.

—Pasa que no puedo seguir así —admitió él, con una honestidad que le hizo sostenerles la mirada—. La quiero.

Lola apoyó la espalda en la silla y negó despacio, no con reproche, sino con esa mezcla de alivio y esperanza de quien lleva tiempo viendo algo claro.

—Menos mal.

Victoria dejó escapar una sonrisa cómplice.

—Tu delicadeza sigue intacta.

—No es delicadeza —respondió Lola—. Es que llevo meses viendo cómo das un paso adelante y dos atrás, viendo cómo la miras y sabiendo perfectamente lo que sientes por ella… Ya era hora de que lo dijeras en voz alta.

Pablo agachó la cabeza un momento.

—Lo sé.

Se hizo un silencio natural, de esos en los que nadie siente la necesidad de decir nada.

—No supe verlo a tiempo —continuó—. O peor: lo vi y me asusté.

Victoria entrelazó los dedos.

—Explícate.

Pablo asintió despacio.

—En Valencia me di cuenta de algo que tendría que haber comprendido antes. No me fui por trabajo ni porque necesitara cambiar de aires. Me fui porque empezó a importarme de una forma que no sabía manejar…, y en vez de quedarme y ver qué pasaba, empecé a frenar.

Lola no apartaba la mirada.

—Pensé que, si tomaba distancia, lo iba a ver más claro —siguió—. Que, alejándome, perdería fuerza esa sensación de que todo podía complicarse. Pero no pasó eso. Solo me di cuenta de que estaba lejos… y de que no quería estarlo.

Victoria bajó la mirada un segundo.

—¿Y qué fue lo que te hizo darte cuenta?

Pablo tardó en responder. Se quedó mirando la mesa, como si estuviera volviendo a ese sitio.

—La echaba de menos en cosas muy concretas —dijo al fin—: en cómo entra en casa y, sin hacer nada especial, todo es distinto. En cómo habla de cualquier tontería y consigue que tenga sentido. En cómo me mira cuando no está de acuerdo conmigo… sin necesidad de decir nada. En el ruido que hace en la cocina; al principio me parecía caos y luego era lo único que hacía que la casa no pareciera vacía. Y en cómo se queda callada cuando algo le importa de verdad. En eso más que en nada.

Lola apoyó el codo en la mesa, más seria.

—Eso ya no es algo pasajero, Pablo. Eso es que estás pillado hasta las trancas.

Pablo asintió.

—Sí.

Victoria lo miró con más atención.

—Entonces, ¿por qué te fuiste?

Pablo sostuvo la mirada.

—Porque pensé que Rodrigo también podía ser una opción para ella. Y me dio pánico quedarme a ver qué pasaba si ella no me elegía a mí. Preferí romperlo yo antes de que me rompieran a mí.

Lola negó con la cabeza, sin suavizarlo.

—Te adelantaste.

—Sí —respondió—. Y lo peor es que no había nada que me empujara a hacerlo. Fue cosa mía.

Victoria no apartó la mirada.

—Eso duele más.

Pablo asintió.

—Mucho más.

El ruido del restaurante seguía alrededor, ajeno a lo que estaba pasando en aquella mesa.

—Lo que me mata —añadió Pablo— es que ella no me dio ni un solo motivo para dudar. No me pidió nada fuera de lugar. No me presionó. Estaba ahí, haciéndome sitio sin pedírmelo…, y yo, en vez de ocupar ese sitio, me largué.

Victoria apoyó la espalda en la silla.

—Ahora no, ¿verdad?

—No, ahora no. Porque lo tengo claro. No voy a volver a desaparecer cuando la relación pida dar un paso más. No quiero quererla a medias, ni que ella tenga que adivinar qué siento.

Victoria cruzó los brazos.

—¿Y qué sientes?

—Que con ella todo es más fácil de lo que estoy acostumbrado. Que no tengo que demostrar nada, ni estar pendiente de si encajo, de si lo que digo es lo correcto o de si soy el tío que ella espera. Con ella simplemente estoy, sin filtros. Cuando está, no me falta nada. Y

cuando no está, se nota demasiado. Me gusta hasta cocinar para ella; según cómo la veo entrar, sé exactamente qué plato prepararle.

Lola lo miró en silencio un momento más largo.

—Vale. Ahora sí.

Victoria sostuvo la mirada.

—¿Y qué quieres de nosotras?

Pablo no dudó.

—Ayuda.

Lola sonrió un poco, pero sin ironía.

—Claro.

—No quiero cagarla otra vez. Vosotras la conocéis. Solo quiero que me digáis cómo acercarme.

Victoria cogió el vaso, bebió un sorbo corto y lo dejó sobre la mesa.

—Entonces escucha. Si intentas impresionarla, la pierdes. Si vas de algo que no eres, también. Y si vuelves a desaparecer…

—No lo voy a hacer —la interrumpió.

—No tengo duda —dijo Lola, mirándolo de frente—. Más te vale.

Victoria y Lola cruzaron miradas cómplices. Un mínimo gesto que solo ellas entendían.

—Yo la invito a salir a una fiesta para entretenerla —dijo Victoria. Lola asintió.

—Y yo me encargo de que el plan no se venga abajo por tu culpa.

Pablo dejó escapar una pequeña sonrisa.

—Gracias.

Victoria se encogió de hombros.

—No lo hacemos por ti.

Lola añadió con calma:

—Pero tampoco vamos a dejar que vuelvas a cometer el mismo error.

Pablo asintió.

—Lo sé.

Se hizo un silencio breve. Pablo no añadió nada más. No hacía falta porque, por primera vez, no quería estar en ningún otro sitio.

Estaba allí para ser el hombre que Tana merecía.

Príncipes que no encogen al primer lavado



Siempre he pensado que vestirse para una fiesta no tiene nada que ver con la ropa, sino con el motivo. Una se arregla según lo que espera de la noche: olvidar, provocar, demostrar que está bien… o simplemente recordar quién es cuando nadie la mira.

Aquella noche me vestí espectacular. No «mona», no «correcta»: ES-PEC-TA-CU-LAR. Vestido negro con intención, labios rojos sin disculpas y esa seguridad que aparece cuando decides que, pase lo que pase, no vas a empequeñecerte por nadie.

Victoria me observó nada más abrir la puerta.

—Así no sales —dictaminó.

—¿Por qué? —pregunté terminando de ajustarme la correa de la sandalia y sin dejar de mirarme al espejo. El negro me sentaba como una segunda piel, una armadura invisible.

Victoria se apoyó en el marco de la puerta y me escaneó de arriba abajo con esa serenidad suya que siempre me ponía nerviosa.

—Porque vas armada, Tana. Y a una fiesta se va a bailar, no a la guerra.

Me giré hacia ella, arqueando una ceja.

Bajamos las escaleras. Yo caminaba con la barbilla alta, sintiendo el peso de los pendientes y ese silencio extraño que se había instalado en mi interior. Al salir al portal, el aire frío de la noche me golpeó la cara, pero no logró que se me erizara la piel.

Estaba demasiado ocupada en no pensar en él. En repetirme que esa noche era mía, que el vestido negro era una declaración de mi

independencia.

Pero la nostalgia es traicionera. Se me colaba entre las costuras del vestido, recordándome que, por mucho que me arreglara, seguía sintiendo ese vacío familiar de cuando compartíamos el mismo techo y, de algún modo, estábamos a kilómetros de distancia.

Lo que no sabía era que, mientras yo solo buscaba una noche para desconectar y olvidarlo todo, alguien ya había decidido aparecer. Y lo peor —o lo mejor— es que mis amigas no pensaban impedírselo.

Lola nos esperaba abajo, apoyada en la pared con el móvil en la mano. Al vernos, guardó el teléfono y soltó un silbido que resonó en la calle vacía.

—Madre mía, Tana…, estás espectacular.

—Gracias, Lola —dije sonriendo—. Solo necesitaba sentirme yo misma.

—O una versión mejorada —añadió ella, dándome un abrazo rápido que olía a su perfume de siempre.

—Venga, el taxi está a la vuelta. Esta noche no se admiten dramas, solo copas y música alta. ¿Trato hecho?

Miré a Victoria, que me observaba con esa chispa de interés que todavía no alcanzaba a comprender, y luego a Lola, que ya estaba tirando de mi brazo.

El trayecto fue corto, apenas unas calles por el empedrado de Malasaña, pero suficiente para que los nervios se me instalaran en el estómago. No habíamos tenido que salir del barrio. La fiesta estaba en uno de esos locales con solera, en donde las paredes han escuchado todos los secretos de Madrid.

Al bajar del taxi, el aire de la noche madrileña ya traía el eco de la música filtrándose por las fachadas de los edificios. Entramos y el calor de la gente nos recibió de golpe.

El local estaba a oscuras, solo iluminado por destellos de neón que rebotaban en las copas y en las caras de desconocidos. Lola avanzaba con decisión, abriéndose paso entre la multitud como si Malasaña fuera su jardín particular. Victoria y yo la seguíamos de cerca.

La fiesta fue exactamente lo que necesitaba: música alta, conversaciones que no exigían profundidad y risas que no pedían explicación. Bailé y brindé. Y, aun así, en medio del ruido, hubo una ausencia que echaba de menos.

Nos instalamos en una mesa alta cerca de la barra. Lola pidió una ronda de copas, sin preguntar, decidida a cumplir su promesa de «cero dramas». Yo intentaba relajar los hombros, dejando que el ritmo de la música me distrajera, observando el movimiento a mi alrededor.

—¿Sigues pensando en él? —me gritó Victoria al oído, justo cuando Lola señalaba con la barbilla hacia un grupo que reía cerca de la cabina del DJ.

La miré un segundo. No tenía sentido fingir y asentí.

—Pensé que me iba a olvidar de él entre copas, pero me doy cuenta de…

Lola apareció entonces con dos copas nuevas en la mano y esa manera suya de entrar en las conversaciones como si ya supiera en qué punto estaban.

—Claro que no —dijo, dejándolas sobre la mesa—. Eso no funciona así.

Le lancé una mirada, entre sorprendida y algo cansada.

—¿Y cómo funciona?

Lola se encogió ligeramente de hombros.

—No se trata de olvidarlo. Se trata de que dejes de hacer como si pudieras hacerlo.

Victoria aprovechó el silencio que quedó después de esa frase. Me sostuvo la mirada unos segundos, como midiendo cuánto más podía tensar sin romper nada.

—Y estás agotada —añadió con calma—. Se te nota.

Aparté la vista, incómoda.

—Estoy bien.

—No —respondió sin dureza—. Estás intentando estarlo. Que no es lo mismo.

No supe qué decir.

Porque tenía razón.

Lola dio un pequeño sorbo a su copa, observándome por encima del cristal.

—No vas a encontrar lo que buscas aquí —dijo—. Ni en otra copa, ni en otra conversación.

Victoria dejó el bolso sobre la mesa y se incorporó ligeramente.

—Exacto —añadió Victoria, aprovechando el momento de distracción—. Estás agotada —me susurró al oído—. Pide un taxi, vete a casa y duerme.

Sospeché que me echaban, que había un plan que no contaban, pero claudiqué. Necesitaba silencio, lejos del estruendo de los altavoces y de aquel esfuerzo por fingir que me estaba divirtiendo.

—¿Ahora? —protesté por pura inercia, aunque ya estaba buscando las llaves en el bolso.

—Sí, ahora —confirmó Lola—. Nosotras nos quedamos un rato más. Anda, vete.

Me despedí de ellas con un par de besos al aire. Mientras caminaba hacia la salida, no me giré.

Llegué a casa con los tacones en la mano y esa pesadez en los párpados que solo deja una noche que se alarga más de la cuenta.

Cerré la puerta despacio.

El piso estaba en silencio, tranquilo.

Dejé el bolso, me deshice del vestido y me preparé un té, dejándome caer en el sofá.

Entonces, llamaron a la puerta.

No fue una sorpresa; fue una corazonada. Al abrir, allí estaba él. Pablo dio un paso adelante, obligándome a retroceder mientras cerraba la puerta con un golpe seco.

—Hola —dijo con esa voz que siempre lograba desarmarme.

—Hola —respondí, intentando que el pijama y la taza de té no arruinaran mi dignidad.

—Vaya… —añadió él, recorriéndome con la mirada—. Así que esto es lo que pasa cuando sales con Victoria: acabas en casa antes de las dos. —Me miró como se mira a alguien que se ha echado de menos sin permitirse hacerlo.

—No es la fiesta —le corregí, dando un sorbo al té—. Es que salir no arregla nada, pero una lo intenta igual.

Él me regaló una sonrisa traviesa, esa que apareció la primera vez que me cocinó sin preguntarme qué me apetecía.

—Tengo que decirte una cosa —dijo, recuperando la seriedad.

Y, sin querer, volví a aquella primera noche. A cuando confundí el comino con la canela y él decidió que eso no era un desastre, sino algo sin importancia, como si todo entre nosotros pudiera resolverse así.

—Te he echado de menos —confesó, acercándose lentamente—. No por los kilómetros, sino porque me hacías falta incluso teniéndote delante. Echo de menos cuando caminas descalza y sé que estás ahí, detrás, mientras corto las verduras a ritmo de *jazz*… Cuando arrugas la nariz porque algo no te convence o cuando finges que no escuchas pero lo estás captando todo.

Hizo una pausa breve, rozándome, casi sin tocarme.

—Y también cuando llegabas a casa más callada de lo normal, triste o pensativa. Sin que dijeras nada, sabía si tocaba cocinar lentejas o pasta. Lo único que quería era acertar, cuidarte y que te sintieras arropada.

Se le escapó una media sonrisa, más suave.

—Y, aun así, desaparecí de tu vida justo cuando tenía que haberme quedado —admitió bajando el tono—. Me acordé del primer día que vine. De cómo me dejaste entrar… y de cómo, sin darme cuenta, empecé a sentir que este era el único sitio donde quería estar.

Tragué saliva, incapaz de articular palabra.

—Y entendí algo en Valencia —añadió con la voz algo quebrada y los labios rozando los míos—. Te he echado de menos incluso cuando te tenía delante… porque no me atreví a quedarme cuando empezó a importarme de verdad.

Se acercó más y, antes de que pudiera reaccionar, me agarró de la cintura con firmeza, atrayéndome hacia él con un movimiento que me dejó sin aliento. Sentí el calor de sus manos y cómo me apretaba contra él, reclamándome, como si quisiera borrar de golpe todos los días que habíamos pasado separados.

—Y cuando apareció Rodrigo… —continuó— no fue él el problema. Fui yo. Me dio miedo quedarme y ver qué pasaba si no era yo al que elegías… Y en vez de confiar en ti, hui a otra ciudad.

No esperó respuesta. Me besó con una necesidad contenida que estalló en ese mismo instante. Fue un beso ardiente, de esos que te hacen olvidar dónde estás y te obligan a agarrarte a sus hombros para no perder el equilibrio.

Cuando se separó apenas un milímetro para recuperar el aire, apoyó su frente contra la mía.

—Eres mi refugio —dijo mientras me apartaba un mechón de pelo de la cara con una naturalidad que me enterneció—. El único sitio donde no tengo que aparentar, donde simplemente… soy yo.

Sonreí con esa punzada dulce que solo él sabía provocarme.

—Eso suena demasiado idílico, Pablo —murmuré, intentando que no se me notara lo mucho que me temblaban las piernas.

—No es idílico, es la verdad —respondió, y su sonrisa se volvió más real mientras me rodeaba con sus brazos—. Aquí dentro, contigo, no me hacen falta máscaras.

Lo besé yo esta vez, con la misma fuerza. Y ahí lo supe…

Yo crecí creyendo en príncipes, en los de cuento. Luego me convencieron de que no existían, de que había que madurar y dejar de esperar.

Y quizá tenían razón… si hablamos de castillos y finales con purpurina.

Pero existen otros…

Esos que no te quieren a ratos ni te tratan como un pasatiempo.

Hombres que te regalan lo más valioso que tienen: su tiempo un martes cualquiera, sin que se lo pidas.

Los que no tienen miedo al compromiso.

Los que te buscan y se quedan a tu lado.

Los que son sinceros no porque sea lo correcto, sino porque no saben ser de otra forma.

Los que no desaparecen.

Los que no dudan cuando se trata de ti.

Hombres que no prometen el cielo… porque están demasiado ocupados haciéndote la vida más fácil aquí abajo.

Esos que no prometen más de la cuenta porque, simplemente, cumplen.

Porque sí, ahora creo en los príncipes azules. Porque se trata de saber reconocer al verdadero príncipe: al hombre que no destiñe porque su lealtad pesa más que cualquier corona de cartón. Y cuando aparece uno que no necesita demostrar nada, lo mejor es no dejarlo fuera llamando a la puerta.

Aquella noche, mientras el té se enfriaba en la mesa y el mundo seguía girando ahí fuera, decidí que ya no quería estar en ninguna otra parte. Me dormí con la certeza de que, por primera vez, no necesitaba que nadie viniera a rescatarme.

Ya estaba a salvo.

A la mañana siguiente, el calendario marcaba 14 de febrero.

San Valentín



Siempre he pensado que el 14 de febrero es una especie de examen social. Un día diseñado para recordarte —con flores, bombones y un *marketing* tan insistente que resulta agotador— si alguien te ha validado oficialmente como ser humano digno de recibir algo envuelto con un lazo.

Todas las mañanas escucho una emisora americana. Es una costumbre que adopté en algún momento de mi vida en el que pensé que, si el día empezaba en otro idioma, quizá los sentimientos dolieran menos. Pero hoy, mientras el locutor de Nebraska soltaba un discurso empalagoso sobre el destino, me di cuenta de que ya no necesitaba otro idioma para seguir contándome la misma historia.

Durante años, confieso que confundí todo ese espectáculo con amor. Creía que el tamaño del ramo era proporcional a la verdad del sentimiento. Me convertí en una analista de Tinder, estudiando cada perfil con la frialdad de quien busca un príncipe que no destiñera en el primer lavado emocional. Esperaba tarjetas con frases de guionista con exceso de azúcar, como si fueran un algoritmo con complejo de hada madrina programado exclusivamente para generar finales felices forzados.

Pero luego entendí que no. Que el amor no es un truco de magia que se reserva para el 14 de febrero. El amor sucede mucho antes de que lleguen las flores; se cocina a diario, en la prisa de los lunes. Está en ese mensaje que llega sin venir a cuento, en quien te busca sin inventar excusas o, simplemente, en la paz de quien se queda sin que se lo pidas.

Mientras el agua hervía y el aire empezaba a oler a café recién hecho, pensé en todo lo que había confundido antes. En los príncipes que entraron a caballo y salieron corriendo al primer bache.

Sobre todo, pensé en Vic. En las veces que me dijo la verdad cuando yo no quería escucharla. En las noches en las que me arrastró de casa cuando yo solo quería quedarme encerrada. En los WhatsApp que parecen podcasts, en los mensajes a deshora y en sus abrazos cuando más lo necesitaba. En lo importante que ha sido tener a alguien que permanece cuando todo lo demás se desvanece.

Pablo interrumpió mis pensamientos sirviéndome el café sin preguntarme cómo lo quería. Esa complicidad que no necesita manual de instrucciones.

—¿Sabes qué he pensado hoy? —le dije—. Que durante mucho tiempo busqué un príncipe que no destiñera.

—¿Y? —me preguntó, arqueando una ceja con esa media sonrisa que tanto me gusta.

—Que dejé de buscarlo y apareció alguien mejor.

Con esa seguridad suya que no necesita palabras, Pablo me rodeó la cintura y me elevó por sorpresa hasta la encimera. Antes de que pudiera reaccionar, ya lo tenía justo delante, invadiendo mi espacio de una forma que disparaba mi pulso.

—Buenos días —dijo sosteniéndome la mirada.

—Esto no estaba en el guion —logré musitar, sintiendo cómo me ardían las mejillas.

—Es que no hay guion —replicó Pablo, susurrándome—. No tengo nada planeado, pero tengo tiempo, ganas y la certeza absoluta de que no quiero estar en ningún otro lugar que no sea aquí, contigo.

Mis manos buscaron su nuca, enredando los dedos en su pelo para atraerlo hacia mí con un impulso que no pude ni quise frenar. El beso supo a «por fin» y a la dulce confirmación de que los colores de mi vida habían encontrado su tono perfecto.

El amor de verdad no llega al galope ni empuñando una espada; aparece andando, se quita el abrigo y deja la corona tirada sobre la encimera, justo al lado de las tazas de café, para preguntarte si has

cenado. Y resulta que eso… era exactamente lo que yo estaba buscando: un príncipe de los que se quedan y que, por fin, no destiñe tras el primer beso.


Feliz Día de
San Valentín

Y colorín colorado,
el verdadero amor
—por fin—
he encontrado.

Diccionario de supervivencia

(O por qué las etiquetas solo sirven para el vino)



Hace tiempo tengo claro que mi paz no depende de la atención intermitente de nadie. Vivimos en una nueva forma de relacionarnos en la que los vínculos se construyen rápido, se intensifican aún más deprisa y, sin embargo, desaparecen con la misma facilidad con la que empezaron.

En este contexto, desear una relación estable y honesta es casi un acto de rebeldía. Mostrar afecto se interpreta como exigencia; mostrar interés, como debilidad, y marcar límites, como una forma de presión. Y así, poco a poco, dejamos de ser nosotros mismos para encajar en dinámicas que no nos representan, creyendo que el problema está en cómo sentimos.

Parece que ahora, si no sales de una relación con un diagnóstico clínico bajo el brazo, no has vivido nada. Nos han vendido que estar «al día» en nuestros sentimientos es manejar un glosario de términos en inglés que solo sirven para decorar la cobardía. ¿Deberíamos estar contentas?… Supongo. Ahora, cuando alguien desaparece de nuestra vida, ya no es que sea un impresentable; es que practica el *ghosting*: ese arte cobarde de irse sin cerrar la puerta, el «no eres tú, soy yo» de la era digital pero sin la decencia de dar la cara.

Los amores intermitentes son la nueva droga de diseño: nos enganchamos a esa migaja de atención, a ese *breadcrumbing* que te tiene pegada al móvil esperando a que el semáforo cambie a verde, aunque sepas de sobra que la bombilla está fundida. Nos

conformamos con el brillo de una notificación creyendo que es calor lo que solo es radiación.

Si te tiene en el banquillo, por si el plan A falla, es *benching*: te mantiene lo suficientemente cerca para que no te vayas, pero lo suficientemente lejos para no tener que elegirte.

Si te asfixia a mimos, para luego ignorarte, es *love bombing;* ese despliegue de rosas blancas y promesas intensas que, en realidad, solo es el envoltorio de lujo de una futura desaparición.

Luego está el evitativo. El hombre que huye en cuanto la palabra «nosotros» empieza a sonar a compromiso. Su deporte favorito es la retirada estratégica cuando las cosas se ponen serias de verdad.

Y, por supuesto, el *gaslighting*: la técnica de manual para hacerte dudar de tu propia cordura. Si te dice que «exageras» o que «eres muy sensible» mientras te manipula, corre.

Todo muy sofisticado. Pero las etiquetas del amor moderno son como las de las botellas de vino de tres euros: por muy moderna que sea la tipografía, el contenido te deja la misma resaca de mierda. Quizá por eso, la verdadera dificultad no está en entender estos nuevos vínculos, sino en no perderse dentro de ellos.

Porque el amor no necesita definiciones en inglés, ni estrategias, ni manuales de supervivencia.

El amor no te deja en visto, no te mide, no te dosifica.

El amor se reconoce.

Y cuando es de verdad, no necesita etiqueta. Es un lenguaje propio, universal e inconfundible.

Querido lector:



Este libro trae un regalo. Escanea el código QR, que encontrarás más abajo, para experimentar la banda sonora de *Mujer busca príncipe que no destiña*.

Descarga la aplicación gratuita de Spotify, coloca la cámara de tu teléfono a unos centímetros de la etiqueta y prepárate para disfrutar de una experiencia asombrosa.

Escucha la banda sonora en Spotify.

Si mi historia te ha llegado al corazón, tu reseña en Amazon me ayudará a seguir creciendo como escritora. Gracias por ser parte de ella.

Agradecimientos



A mi hijo **Mati**, por enseñarme a ser más valiente de lo que creía ser. Eres el verdadero motor de mi vida. Te quiero.

A mis padres, **Lita** y **Antonio**, que convirtieron mi infancia en el lugar más feliz al que siempre puedo regresar. Gracias por regalarme una vida llena de momentos y recuerdos inolvidables.

Mami, te extraño cada día. Gracias por ser la estrella que hoy ilumina mi camino. Besos al cielo.

A mis hermanos, **Julio** y **Antonio**, por ser ese refugio familiar que tanto significaba para mi madre. Y a mi «cuñi» favorita, **Yris**, por estar siempre presente.

A **Mariví**: tienes la magia de recordarme a mi madre cada vez que te veo; busco tu abrazo para sentirme un poquito más cerca de ella. **Piluca, Mariví** y **Tuti** sois mi familia de corazón. Os quiero muchísimo.

A **Mari Luz Montes**, ilustradora y maquetadora. Has cuidado cada detalle y has capturado la esencia de esta historia de una forma única. Me encanta cómo has sabido dar forma y color a lo que comenzó siendo solo palabras. Gracias por hacer que este sueño se haga realidad; eres una profesional fantástica con un corazón enorme. Nunca olvidaré lo que has hecho por mí. Te debo mucho.

A **Luis Solís**, el editor más molón. Gracias por la generosidad infinita y por estar ahí siempre que hace falta. Gracias por creer en este proyecto y por haber sabido hacer magia con el manuscrito,

cuidando cada palabra hasta que ha brillado con luz propia. Eres un profesional excepcional.

A **Arantxa**, mi amiga del alma. Gracias por acompañarme siempre. No sé cómo lo haces para volar a mi lado cada vez que te necesito y recordarme que, contigo, nunca camino sola. Eres mi lugar más seguro en el universo. Te quiero mucho.

A **Kike**, mi familia elegida. Gracias por esos audios eternos que se han convertido en mi brújula al despertar y por no soltarme la mano cuando el camino se ponía cuesta arriba. Sin tu apoyo constante, este sueño se habría quedado a medio camino. Gracias por cuidarme y por devolverme siempre la sonrisa.

A **M.ª Jesús**: gracias por ser el apoyo que me sostuvo cuando todo parecía desmoronarse. Nunca olvidaré aquel fin de semana en el que, en mi momento más bajo, permaneciste a mi lado para rescatarme de la soledad y devolverme el ánimo. Tu cariño fue la luz que necesitaba para seguir adelante.

A **Sara**: aunque vivimos en diferentes ciudades, la distancia nunca nos separará. Gracias por tus abrazos reconfortantes cuando nos vemos. ¡No dejes nunca de soñar! Eres muy especial.

A **María Dolores**: quiero recordarte lo mucho que vales y lo especial que eres. Nunca olvides valorarte como mereces, porque tienes una luz propia que ilumina a cualquiera que se cruza en tu camino. Deseo que siempre te veas con los mismos ojos de admiración con los que yo te veo a ti.

A **Mamen**, por tu nobleza y por tantas horas compartidas en nuestras clases de funky. Hemos aprendido que la vida, como los conciertos de Bon Jovi y Europe, tiene su propio ritmo: a veces hay que improvisar y otras seguir la coreografía; pero lo importante es que siempre nos encontremos en la primera fila para bailarla juntas. Gracias por ser mi compañera de escenario.

A **Alberto**: gracias por estar siempre pendiente de mí, de que no me falte nada y de que esté bien. Gracias por regalarme ese maletín de escritora que me acompaña a todas partes; se ha convertido en el compañero inseparable de mis sueños y de mis libros.

A mis lectores: gracias por vuestro cariño, por cada mensaje y por vuestras reseñas. Me animáis a seguir creando historias y a buscar siempre nuevos momentos inolvidables que compartir con vosotros. Sin vuestro apoyo, nada de esto sería posible.

Esther Williams



Crecí en Guzmán el Bueno, Madrid. Soy escritora y autora autopublicada, con una década de experiencia en el sector de empleo público. Mi especialización en Comercio Exterior y Marketing Internacional, junto con mi trayectoria como secretaria de dirección en el sector bancario, complementan mi perfil profesional. Actualmente, resido en un pintoresco pueblo de la sierra de Madrid.

Soy una apasionada de Nueva York, los atardeceres y las librerías. Mi amor por las películas y novelas románticas se entrelaza con mi disfrute por la escritura, creando historias que surgen de mi imaginación y que anhelo que sucedan. Además, en mis creaciones exploro tanto el género romántico como el suspense. ¡Me considero una gran soñadora!

Mi escritura nace de mi propia experiencia como superviviente de violencia de género. A través de mis historias, busco transformar, dar sentido y tender la mano a quienes atraviesan procesos similares. Logré reconstruirme, superar el miedo y la depresión, y retomar las riendas de mi vida.

Mi mensaje es positivo. Somos mujeres supervivientes, valientes y luchadoras. Se puede superar el maltrato y ser feliz. Yo, aunque arrastro un pasado con huellas imborrables, soy un ejemplo de ello.

Trayectoria Literaria

La sonrisa escondida: mi obra autobiográfica, donde abordo el maltrato y el proceso de reconstrucción personal. Recientemente he publicado su segunda edición, consolidando mi compromiso con una historia que no solo me define, sino que también busca acompañar a otras mujeres.

Amor en Navidad: primera *novelette* de la serie Destino.

Antología *Mea Culpa* (Editorial Las Lolas): participo con el relato erótico «La tercera llave», en el que exploro un registro más sensorial y simbólico, ampliando mi voz narrativa hacia nuevos géneros.

Mujer busca príncipe que no destiña: una novela ácida, divertida y sincera sobre el amor en tiempos de Tinder, el *ghosting*, el *benching* y las relaciones sin manual de instrucciones. Una historia para quienes aún creen en el amor, pero ya no se tragan los cuentos.

En proceso: thriller psicológico para publicar a finales de año 2026.

Reconocimientos

Finalista en el Certamen de Cartas de Amor, en el evento de novela romántica Literaty (2024).

Tercer puesto en el Evento de Novela Romántica, en Literaty (2025).

Sígueme

Instagram

Facebook